

El DUEÑO *de* BROADWAY



CABALLEROS DE LOS BAJOS FONDOS 3

MARCIA COTLAN

Selecta



El dueño de Broadway

SERIE

Caballero de los bajos fondos 3

Marcia Cotlan

Selecta

Capítulo 1

Nueva York, 1885

Wilhelmina Van Luden miraba a su alrededor como si nada de lo que estuviera viendo fuera real. Había soñado tanto con aquel momento, que ahora que lo estaba viviendo le parecía un sueño.

—Feliz cumpleaños, Mina. Espero que te guste tu regalo —le susurró su hermano Phillip al oído mientras esperaban a que su padre acabara de saludar al señor Van Der Holm, su socio en el banco.

—¡Gracias! Me encanta —exclamó ella con los ojos chispeantes.

El júbilo que la embargaba era tan notorio que sus tres hermanos, reunidos en torno a ella, no pudieron evitar una sonrisa y un intercambio cómplice de miradas. ¿Cuánto tiempo llevaba rogándoles que la llevaran a la ópera? Siempre había sido una alumna aventajada, tanto en canto como en piano, y su sueño era asistir a todos los grandes acontecimientos musicales de la ciudad, pero hasta ese instante no se habían cumplido sus deseos.

La joven, que no era demasiado alta, parecía aún más diminuta al estar rodeada de los cuatro hombres de su familia: su padre y sus tres hermanos mayores. Sin embargo, la gente se las ingenió para verla a la perfección y al día siguiente no hubo más tema de conversación entre las damas de la alta sociedad neoyorkina que el exquisito abrigo que la señorita Van Luden había lucido, con una tela que recordaba a la de los kimonos japoneses, tan de moda en aquellos tiempos como vestimenta para recibir visitas en casa. La influencia japonesa se había empezado a notar un tiempo atrás con las múltiples Exposiciones Universales en distintas ciudades europeas y también había llegado a América.

Resultaba todo un acontecimiento que la única Van Luden viva —era una familia habituada al nacimiento de varones— se dejara ver en público. Todo Nueva York sabía que aquella chiquilla había crecido enclaustrada entre los altos muros de la inmensa mansión familiar sin que nadie conociera bien el motivo, aunque la explicación más generalizada era que la muerte de la señora Van Luden tras dar a luz a Wilhelmina y, a las pocas semanas, la de la hija mayor del matrimonio habían dejado tan destrozados a su esposo e hijos que sentían pánico de que a la

joven pudiera ocurrirle algo y la vigilaban y celaban como halcones.

—Vamos —dijo el anciano señor Van Luden tras acabar de saludar a su socio y a la familia de este.

Mina observó con ojos hambrientos cuanto la rodeaba. Quería asegurarse de no olvidar nada de aquella noche mágica, ni los ruidos de la calle, ni el destello de las joyas de las damas, ni el olor a humo de los fracs de los caballeros que habían fumado antes de entrar en el teatro.

Hacía poco tiempo que la alta sociedad neoyorkina se había decidido a ir a la ópera en el Metropolitan. Al principio se resistieron, pues estaban acostumbrados a la cómoda, aunque anticuada, Academia de la Música y no les parecía de buen gusto abandonar el Upper East Side para adentrarse en pleno Broadway, pues justo allí, en la esquina entre la calle 39 oeste y 40 oeste, se levantaba aquel teatro cuyas puertas se habían abierto por vez primera en octubre de 1880 con una fabulosa representación de *Fausto* a la que faltaron la mayoría de las grandes familias, entre ellas los Van Luden, que esgrimieron aquella máxima de que «si algo está más allá de la calle Cuarenta, no merece la pena». Es decir: el nuevo teatro estaba demasiado lejos del barrio privilegiado en el que habían nacido y crecido. Pero finalmente, hasta los Van Luden acabaron por ir también al Metropolitan, persuadidos por las maravillas que de su increíble acústica decían familias de incuestionable gusto musical, como los Rubinstein.

Aquella noche, había tanta gente en el *hall* del teatro que era difícil moverse con cierta elegancia.

—En la Academia de la Música no ocurría esto —se quejó el padre de Wilhelmina—. Allí se entraba de manera civilizada, sin entorpecer a nadie ni que nadie lo entorpeciera a uno. Es por cosas como esta por las que no quiero salir del Upper East Side.

—Acompañaré a Mina a dejar su abrigo —informó Phillip, tratando de no avivar más el enfado del cabeza de familia.

Sus dos hermanos mayores, Georgie y Arthur, hicieron un leve y rápido gesto de asentimiento y volvieron a centrar toda su atención en su padre, tratando de tranquilizarlo.

—Acompáñame, Mina. —Estiró el brazo para que ella pudiera tomarlo—. A ver si conseguimos llegar hasta el guardarropa antes de que se levante el telón.

Fueron sorteando a los asistentes, saludando a algunos de ellos, y cuando al fin llegaron hasta el guardarropa, Phillip la ayudó a quitarse el abrigo y fue él quien habló con las jóvenes encargadas.

Un grupo de unas quince personas entró en aquel momento en el teatro y su movimiento hizo que quienes estaban a su alrededor tuvieran que desplazarse. A Mina ni siquiera le dio tiempo de avisar a su hermano y antes hubiera muerto que levantar la voz para llamarlo. Eso no sería propio de una dama que se precia de serlo. Se dejó arrastrar, sabiendo que en algún momento la gente se detendría y ella podría regresar al lado de Phillip, pero justo en aquel momento una puerta se entreabrió y atisbó lo que supuso que eran las bambalinas con su barullo de cantantes y figurantes preparándose para la función.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, miró en dirección a su hermano y pensó que no tenía nada de malo asomar la naricilla para ver cómo era el teatro por dentro. Se deslizó entre la gente con determinación y alcanzó la puerta. La entreabrió un poco. Dentro estaba a oscuras, pero al fondo se veía un pasillo iluminado y creyó distinguir a la soprano que protagonizaría la función de aquella noche. Emocionada, no se conformó con mirar por una rendija. Entró y cerró la puerta, pero no le dio tiempo a dar ni un solo paso. Escuchó una voz ronca y varonil muy cerca de su oído.

—Al fin llegas —murmuró justo antes de besarla.

Sus dos únicos amigos lo llamaban Paddy. Para el resto del mundo, era Patrick O'Neill, *el Irlandés*, aunque de Irlanda no recordaba nada, pues su madre lo había llevado a Londres cuando apenas contaba tres años.

Había llegado a Nueva York varios años atrás buscando un lugar donde empezar de cero. En Inglaterra se había hecho muy rico de una manera poco honrada y le habían hablado de América como el lugar de las oportunidades, pero aunque era una tierra joven, ya tenía su propia estirpe de familias importantes que estaban dispuestas a no hacerle la vida fácil. Y todo porque había tenido la desfachatez, según ellos, de abrir un teatro cerca del Metropolitan. Él, que no era para ellos más que un apestoso irlandés que no debería salir de Lowery, la parte de Broadway donde se hacinaban las clases más humildes.

De entre todas las familias que habían intentado desestabilizar su negocio, los más virulentos eran los Van Luden. Para ellos, que un irlandés de dudosa procedencia poseyera el más lujoso edificio de la zona era una afrenta personal. Cuando bajaban de sus relucientes carruajes, con su aristocrática sangre holandesa corriéndoles por las venas y con intención de entrar en el Metropolitan, lo único en lo que sus ojos se podían fijar era en el teatro que era propiedad de Paddy y que daba cabida a las clases medias gracias a que vendían las localidades más alejadas del escenario a un precio casi irrisorio. Y los Van Luden, como todos los ricos de Nueva York, cuya fortuna se remontaba, al menos, a tres generaciones atrás, no deseaban la mezcla de clases. Consideraban que el mundo debía estar ordenado y cada cual conocer su lugar.

Paddy no tenía demasiado interés en ver la ópera en el Metropolitan, dicho sea de paso, pero le resultaba interesante observar la competencia, aunque... ¿era realmente la competencia? Ellos se dedicaban a la ópera y él, a las representaciones teatrales de los grandes dramaturgos europeos.

El motivo real de que estuviera entre bambalinas en aquel preciso momento era que se había citado con su amante, madame Claudel, la soprano de la compañía a cuyo marido era cada vez más difícil despistar.

Se colocó lejos de la puerta por la que se accedía al *hall* del teatro. Le daría un margen de cinco minutos. Nunca había esperado más que ese breve lapso de tiempo por una mujer. Había

demasiadas en el mundo como para perder el tiempo con alguien que no sabía consultar su reloj para llegar a tiempo a una cita.

Vio una silueta femenina acercarse. Ni siquiera sabía de dónde había salido, pero tenía claro que era Anne Claudel. ¿Quién iba a ser si no? Sonrió mientras alargaba la mano para tomarla del brazo y arrastrarla hacia él.

—Al fin llegas —murmuró muy cerca de sus labios justo antes de besarla.

La boca que lo recibió era suave, cálida... e inocente. No necesitó más de un par de segundos para comprender que no se trataba de Anne, sino de otra mujer. La soprano siempre daba besos devoradores y agarraba su nuca con extraordinaria fuerza, como si temiera que fuera a escaparse y quisiera estar segura de tenerlo bien sujeto.

Los labios que estaba besando en aquel instante eran inexpertos, titubeantes. El cuerpo de aquella mujer se tensó en cuanto sintió el contacto masculino, pero casi de inmediato su boca se plegó a los deseos de Paddy con asombrosa facilidad. Al principio, se sorprendió ante el hecho de besar a una desconocida, pero al instante siguiente ese sentimiento se tornó en excitación, sobre todo cuando ella no pudo ahogar un gemido de placer.

Tomó el rostro femenino entre sus manos. Ella no opuso resistencia alguna, pero tampoco lo abrazó. Sin embargo, la entrega de la muchacha se notó en los movimientos de su boca y en cómo se puso de puntillas para alcanzar mejor sus labios.

Paddy se atrevió a pasear la lengua por la hilera de dientes y ella, de manera instintiva, entreabrió los labios y su propia lengua asomó con timidez hasta encontrarse con la masculina, que agradeció el gesto iniciando un baile sensual que alteró la respiración de ambos. Fue entonces cuando él sintió cómo las manos de ella se aferraban a la solapa de su chaqueta para acercarlo más.

La excitación se apoderó de Paddy y, sin detenerse a pensarlo, su mano descendió desde el rostro femenino hasta su seno. Lo oprimió con delicadeza... Pero enseguida se dio cuenta de su error. Ella se alejó con brusquedad.

—¡No! —exclamó con una voz segura y sin titubeos que lo sorprendió. Fue como si lo despertaran de un sueño dándole una bofetada.

Oyó, en la oscuridad, cómo los pasos de la mujer se alejaban. Corrió tras ella. Cuando ya había alcanzado la puerta y la entreabrió, la luz procedente del *hall* iluminó el rostro de ambos. Paddy la agarró por el brazo para poder observarla bien, aunque solo fuera por unos segundos. Los rasgos femeninos eran delicados, elegantes. Destacaban sus ojos oscuros de largas pestañas y sus labios, hinchados por los besos que acababan de compartir. Tenía un hermoso cabello negro que hacía más evidente la palidez de su rostro.

Ella miró la mano con la que él atenazaba su brazo.

—Suéltame ahora mismo. —En sus ojos brillaba una mezcla de deseo, miedo y enfado. Miró la boca masculina y ahogó un gemido, pero estaba más que decidida a no seguir en su compañía.

Paddy la soltó y en cuanto ella salió, entrecerró la puerta para no ocasionarle un problema,

pero se quedó allí apoyado y escuchó cómo una voz masculina le decía a la joven:

—¿Se puede saber dónde te habías metido? Acabo de encontrarme con lady Rosalind Raven. Tengo que presentártela. Me ha hecho prometer que te llevaremos a la fiesta que celebrarán la próxima semana. ¿Te pasa algo? Te noto pálida.

—No... Es la emoción —titubeó ella.

—No te preocupes por nuestro padre, hermanita. Lo convenceré para que te permita ir.

Paddy sonrió. La muchachita iría a la fiesta en casa de sus amigos, los Raven. Eso significaba que Paddy acudiría por primera vez a un acontecimiento en el que se reunía la alta sociedad neoyorkina, algo que llevaba evitando varios años.

Cuando los Van Luden entraron en el palco, las luces ya se habían apagado y el telón acababa de levantarse. La música de los violines irrumpió anunciando el inicio de *La traviata*. Por desgracia, a los neoyorkinos que iban a la ópera rara vez les importaba lo que ocurría en el escenario.

—Ese maldito irlandés está ocupando uno de los palcos —gruñó el anciano.

—¿Quién, padre? —preguntó Arthur, su segundo hijo.

—Patrick O'Neill. Como si no fuera suficiente con ver su endemoniado teatro aquí al lado, ahora también se atreve a venir al Metropolitan.

Su hijo mayor, George Michael Van Luden III, al que todos llamaban Georgie, hizo uso de los prismáticos tras preguntar en qué palco.

—En el de los Raven —respondió el señor Van Luden de muy mal humor—. Una cosa así nunca hubiera pasado en la Academia de la Música. Allí no permitían entrar a cualquiera. Pero aquí, lejos del Upper East Side y en pleno Broadway...

—¡No puede ser, padre! —Arthur mostró desconcierto—. Quizás el señor Raven tenga un pasado un tanto incierto, pero está avalado por su matrimonio con una noble inglesa. No pueden arriesgar su posición en la sociedad dejándose ver en público con un sucio irlandés.

—También está con ellos el señor Vuks —informó Georgie mientras miraba a través de los prismáticos.

—Otro cuyo pasado es un misterio, pero que está avalado por su matrimonio con una Langdorf. No, imposible... —Arthur seguía sin creerlo—. Déjame tus prismáticos, Georgie. He olvidado los míos.

Miró hacia el palco de los Raven y vio el cabello castaño rojizo de Patrick O'Neill.

—No logro comprender qué puede unir a dos caballeros con un rufián —comentó el anciano señor Van Luden meneando la cabeza con desaprobación.

—¿Negocios? —aventuró Georgie. Había recuperado los prismáticos y observaba el palco.

—Todos ellos son amigos desde hace mucho tiempo. No es la primera vez que los veo juntos, pero el señor O'Neill no gusta de este tipo de distracciones de nuestra clase —explicó Phillip

tratando de poner un punto de cordura en el odio acérrimo de su familia hacia Patrick O'Neill.

A ninguno de ellos les extrañó el silencio sepulcral de Mina. Lo malinterpretaron, claro está. Creyeron que se debía a la emoción de asistir, por primera vez, a la ópera. Sin embargo, la realidad era otra. La joven estaba aterrorizada. Excitada. Sorprendida. Había un cúmulo de emociones bullendo en su interior.

¿Cómo había podido ocurrir algo así? Aquel beso... ¡Dios santo, aquel beso!... La respiración se le aceleraba al recordarlo. Jamás creyó posible sentir algo parecido en brazos de un hombre. Tampoco sabía que la lengua se utilizara al besar. Un incómodo cosquilleo se instaló en su vientre ante los recuerdos que volvían a su mente: una sombra cerniéndose sobre ella, haciéndola temblar. Trató de rememorar los rasgos del rostro masculino que pudo entrever cuando abrió la puerta por la que se accedía al *hall*. Era muy alto y atlético, endiabladamente atractivo. Su ropa indicaba que no era un miembro de la compañía del teatro, sino un caballero. Su cabello tenía el tono castaño oxidado propio de los pelirrojos. Sus ojos eran muy verdes y penetrantes. La había mirado con sorpresa y curiosidad. ¿Tal vez con deseo? Le había hablado antes de besarla. «¡Por fin estás aquí!». Eso significaba que al principio pensó que estaba con otra mujer. La joven echó un vistazo nervioso a los palcos y al patio de butacas, pero debido a la distancia no reconoció su cara entre las decenas de personas que asistían a la representación, claro que no había llevado prismáticos y no tenía ánimo de pedirselos a su hermano.

Se tocó los labios y los sintió palpitantes. Su cuerpo se había plegado a las sensaciones que un desconocido le había provocado con un beso. Agradecía haber tenido fuerza de voluntad para detenerlo cuando él intentó propasarse. ¿Cómo hubiera podido imaginar siquiera que la mano de aquel hombre sobre su seno pudiera ser tan embriagadora?

—¿Todo bien? —le preguntó Alistair Vuks—. Parece que hayas visto a un fantasma.

Paddy miró a las esposas de sus dos mejores amigos, sopesando si podía contarles a ellos su pequeña aventura de hacía un instante sin que las damas lo escucharan, pero prefirió callar antes que arriesgarse.

—Todo bien —respondió, sin dar más detalles.

—Creíamos que no vendrías —comentó William Raven, su otro amigo.

Paddy sonrió al recordar por qué se había retrasado. El rostro de la dama desconocida brilló ante él como si la tuviera allí delante. Tan dulce, tan asustada... Tan ansiosa. Y cómo besaba, por todos los demonios. ¡Cuánta pasión!

¿Quién sería?

De nada hubiera servido conocer su nombre. Al fin y al cabo, era una dama soltera e inocente y lo último que él deseaba era causarle ningún problema. No era de esos hombres que destruyen la reputación de una mujer. Pero algo estaba claro: apartar el recuerdo de aquel beso, la

excitación que sintió, iba a costarle mucho trabajo. ¡Si ni siquiera había esperado a la soprano! Hubiera sido complicado explicarle a Anne que no deseaba besarla, pero en aquel momento sus labios le pertenecían a la joven que se acababa de ir.

Rememoró los rasgos de su dulce rostro. Era hermosa y parecía no ser demasiado consciente de su atractivo. No había ni atisbo de coquetería en ella. ¿O quizás se debía a que estaba demasiado asustada? De todos modos, estaba tan acostumbrado a que las mujeres coquetearan abiertamente con él, que ni siquiera era capaz de suponer que aún quedaran muchachas inocentes e inexpertas en alguna parte, puesto que él no tenía trato con ese tipo de mujeres y no le resultaban atractivas. Prefería que tuvieran experiencia. Sin embargo, aquella joven...

Movió la cabeza con un gesto brusco. ¡Debía olvidarla! No era mujer para él.

Capítulo 2

El palacete de los Raven se alzaba, majestuoso, en plena calle Cuarenta. El ladrillo de la fachada era más claro que el de las casas vecinas y eso lo hacía más llamativo aún. Años atrás, cuando lo construyeron, corrió como la pólvora entre las grandes familias del Upper East Side que los Raven tenían una enorme sala dedicada exclusivamente a la función de salón de baile, que estaba decorada al estilo francés y que las sillas habían sido traídas especialmente desde París y tenían talladas en el respaldo, con elegantes caracteres, la erre del apellido familiar.

El salón de baile estaba en la planta baja, era enorme, de planta ovalada y se abría solamente dos veces al año. Ese era el motivo por el que muchas grandes familias de Nueva York no tenían un espacio destinado en exclusiva a este fin, pero también era cierto que se morían de envidia cuando comprobaban que había quien sí se daba ese lujo. Además, los Raven habían habilitado un armario ropero al lado para recoger las prendas de las damas y caballeros que asistían a las celebraciones, pues era bastante molesto tener que subir hasta una habitación de la primera planta para depositarlos sobre una cama.

Hubo algún miembro de la alta sociedad que comentó, nadie sabe si con admiración o ironía, que habían tenido que venir aquellos ingleses a enseñarles a los neoyorkinos cómo organizar un gran baile.

Toda la buena sociedad estaba allí presente, especialmente los miembros solteros de las grandes familias, pues se sabía que aquel era uno de los mejores lugares para encontrar una pareja adecuada. Hasta los Astor, que rara vez por aquella época se dejaban ver en fiestas que no fueran las suyas, habían acudido.

Paddy nunca iba a las fiestas de William Raven, ni tampoco a las de Alistair Vuks. Bien era cierto que tras la enajenación que siguió al beso que le había dado a la desconocida entre bambalinas, decidió que acudiría a ese baile para averiguar la identidad de la joven, pero a lo largo de aquella semana se fue convenciendo de que todo eso suponía una molestia excesiva, teniendo en cuenta que una dama como aquella estaría buscando un marido y él se encontraba muy lejos de querer casarse con alguien perteneciente a ese mundo estrecho y encorsetado de los ricos. Pero la mañana del baile vio la invitación sobre su escritorio y el recuerdo del beso volvió

a erizarle la piel y a excitarlo. Lo que más le llamaba la atención era que ella se hubiera entregado con tanta pasión a aquel beso... Casi podría jurar que nunca antes había sido besada. La vio muy brevemente iluminada por la luz, pero no tenía aspecto de mujer de mundo, más bien parecía una jovencita excitada, y a la vez asustada, por lo que acababa de hacer. Pero había tanta pasión en sus besos, en la manera inexperta en la que había seguido los movimientos de sus labios y de su lengua que no podía más que preguntarse quién era ella en realidad... Y antes de darse cuenta, estaba elegantemente vestido con un traje oscuro y un chaleco blanco que detestaba, pero que era la moda impuesta por los caballeros de la ciudad.

Entró en la casa de su amigo Raven y este lo observó con ojos desorbitados y una indudable sonrisa de felicidad en el rostro.

—¡Al fin acudes a una de mis reuniones!

Paddy miró a su alrededor. Decenas de personas se movían por la planta baja de la casa.

—Diría que esto es mucho más que una reunión.

Lady Rosalind, la esposa de Raven, se acercó a saludarlo con un afecto sincero. Cualquiera se habría dado cuenta de que no estaba siendo simplemente correcta, como con el resto de sus invitados. Sentía un cariño fraternal por Paddy.

—Qué alegría me da verte aquí, querido amigo. —Lo saludó muy sonriente—. Alistair y Sylvia ya están en el salón de baile.

Paddy se dirigió hacia allí, tras una leve inclinación de cabeza, para buscarlos. Tardó en encontrarlos entre el gran número de invitados. Al fin los divisó. Sonrió al observar cómo se miraban. Llevaban dos años casados, pero parecía que no habían superado aún la etapa de la luna de miel.

—Buenas noches —los saludó tras un cómico carraspeo.

Esto hizo que el elegante señor Vuks y su esposa dejaran de mirarse con embeleso.

—¡Qué sorpresa! —Alistair le palmeó el hombro a Paddy—. ¿A qué se debe este milagro? ¿Dónde queda aquello que dijiste una vez de que antes veríamos el infierno helarse que a ti en una de estas reuniones?

Paddy se rio.

—He pensado que quizá tuvierais razón y me estuviera perdiendo algo por no venir a este tipo de bailes. —El tono de su voz era lo suficientemente irónico como para que sus amigos no lo creyeran.

Varios caballeros se acercaron a ellos y los saludaron. Paddy nunca sabía si lo hacían por no despreciarlo delante de Alistair Vuks, uno de los hombres más poderosos de la ciudad, o porque verdaderamente deseaban hacerlo. Sabía que los neoyorkinos en general, y los ricos en particular, despreciaban a los inmigrantes irlandeses, incluso a los que, como él, se habían enriquecido. El suyo no era un negocio tan respetado como el de sus amigos Vuks y Raven, que poseían una flota de barcos mercantes y dos trasatlánticos. El mundo del espectáculo se miraba con recelo y se consideraba que cualquiera perteneciente a él era una persona de mal vivir.

Tuvo que pasar aún media hora más conversando con aquella gente a la que despreciaba profundamente antes de toparse con la persona a la que había ido a ver.

Y de pronto, allí estaba, ante él y conversando con dos damas que no ensombrecían la luz que emanaba de su rostro. Era más hermosa a plena luz de lo que le había parecido en la penumbra. Llevaba un vestido de color rosa pálido que se ceñía a la perfección a su talle delicado. Era hermosa y elegante, una muchacha sin experiencia alguna que sonreía con timidez y no mantenía la mirada de su interlocutor durante demasiado tiempo... Y él había tomado por asalto aquellos labios y la había besado sin ningún tipo de miramiento. Se arrepentía de haberlo hecho de una manera tan brusca, pero al mismo tiempo, se alegraba de haber experimentado algo así, tan cándido y excitante. Era una novedad para él besar a quien no podía arrastrar a su cama y sentir que el beso era recompensa suficiente.

Miró a sus amigos, que ahora conversaban a su lado, y dudó sobre si podría preguntarles por el nombre de su misteriosa dama sin levantar sospechas por parte de ellos y sin tener que soportar la charla de Alistair haciéndole prometer que no comprometería a una joven inocente como aquella. ¡Ni que él fuera un desalmado que disfrutara corrompiendo jovencitas! No, sería mejor no preguntarles a ellos.

Se dirigió a lady Rosalind, la anfitriona, y sacó el tema con tacto. Como durante toda la velada había escuchado comentar en varios grupos la noticia de que uno de los hijos del señor Astor acababa de comprometerse, usó esa información.

—¿Es esa la prometida del señor Astor? —Señaló a su joven misteriosa.

Lady Rosalind miró con disimulo en la dirección que él le señalaba.

—Oh, no. La prometida del señor Astor no ha podido venir al baile. La joven que acabas de señalar es Wilhelmina Van Luden.

Paddy sintió como si un rayo lo atravesara de lado a lado.

—¿Van Luden?! —balbuceó incrédulo. Justo en ese instante ella miró en su dirección y lo vio. Parecía consternada al reconocerlo. Se sonrojó hasta la raíz del cabello.

«De todas las familias que viven en Nueva York, ¿por qué pertenece a la única que odio de verdad?», se preguntó con amargura.

Mina estaba disfrutando muchísimo del baile. Numerosos jóvenes de las mejores familias la habían sacado a la pista y varias muchachas casaderas le habían sido presentadas y conversaba con ellas animadamente... hasta que lo vio.

Al principio creyó que estaba equivocada. A lo largo de aquella semana había rememorado tantas veces el beso y el rostro de su misterioso caballero para no olvidarlo que simplemente pensó que estaba sufriendo una alucinación. Cerró los ojos con fuerza, pero al abrirlos de nuevo, él seguía allí, a poca distancia y hablando con lady Rosalind Raven sobre ella. ¿Por qué otro

motivo, si no, cuchichearían ambos mientras la observaban? ¿Qué le estaría contando él? ¡¿Lo del beso?!

Mina sintió que se sonrojaba de pura vergüenza. Su primer impulso fue decirle a alguno de sus hermanos que se encontraba indispuesta y deseaba regresar a casa, pero una rabia ciega que no pudo controlar le impidió abandonar la casa de los Raven. Lo que hizo, en realidad, fue vigilar a aquel caballero que la había besado y en cuanto vio que se alejaba de la gente y accedía a una de las terrazas, decidió acercarse allí, con paso lento, como si buscara un poco de aire fresco, pues en el salón comenzaba a hacer mucho calor.

Lo encontró de espaldas. Le pareció más alto de lo que recordaba, pero ni siquiera el hecho de sentirse tan pequeña a su lado la disuadió de su objetivo.

—¿Señor...? —La voz le había salido estrangulada. Rezaba para que él no se hubiera percatado.

Paddy se dio la vuelta para enfrentarla y no mostró sorpresa alguna al verla. Casi parecía que la hubiera estado esperando.

—¿Sí?

Mina tembló al escuchar su voz ronca y varonil. Solo en ese instante se dio cuenta de que no sabía cómo enfrentar aquella conversación. Había ido a reclamarle que hablara de ella con lady Rosalind, pero... ¿cómo decírselo?

—Supongo que sabe quién soy. —En realidad, no le cabía ni la más mínima duda, pero de algún modo debía comenzar la conversación.

—Acabo de saber que es usted Wilhelmina Van Luden. —Él la miraba con el rostro serio, pero la joven creía detectar cierta calidez en sus ojos. ¿O era que quería creerlo?

—No me refiero a eso, sino a... —Se detuvo, pues no sabía cómo continuar. Sus labios se negaban a pronunciar la palabra «beso» o hacer referencia siquiera a aquel momento tan escandaloso que ambos habían compartido entre bambalinas.

—Sé a qué se refiere y sí, sé perfectamente quién es usted.

Paddy había usado las palabras precisas para hacerle pasar el menor bochorno posible y ella supo entonces que era en verdad un caballero. No por su ropa, ni porque estuviera en aquel exclusivo baile en la mansión de los Raven, sino por su comportamiento en aquel instante.

—Lo ocurrido fue un lamentable error, señor. Nunca en toda mi vida había hecho nada semejante. Apelo a su caballerosidad para pedirle que sea usted discreto y no le hable a nadie de lo ocurrido. Mi reputación quedaría mal parada para siempre, como bien sabrá. —La angustia de su voz era tan evidente que Paddy relajó el rostro e incluso le sonrió con cierta ternura.

—Jamás haría nada semejante. Puede estar usted tranquila.

Ella dejó escapar un leve suspiro. Incluso cerró los ojos por un instante. Las palabras de él la tranquilizaron. Al fin y al cabo, no había hablado de ella con lady Rosalind. Se había preocupado por nada.

—Gracias —murmuró, pero al mirarlo de nuevo, contuvo la respiración. Aquellos ojos verdes

la paralizaron. El rostro varonil era el más atractivo que ella había visto nunca. Ya no había nada más de qué hablar, tenía que alejarse de allí. Mina lo sabía. Sin embargo, sus ojos quedaron presos de la mirada masculina y no movió ni un músculo—. Debo irme.

Aquellas palabras habían sido pronunciadas para obligar a sus pies a encaminarse de nuevo al salón. ¿Por qué le costaba tanto alejarse?

Paddy iba a responderle algo, pero cerró la boca sin decir nada. Mina supo que algo acababa de ocurrir porque su rostro, que hasta aquel momento solo se había mostrado serio, estaba ahora iracundo.

—¿Se puede saber qué hace con mi hermana? —rugió Arthur Van Luden, que estaba detrás de ella, pero que en ese instante se colocó a su lado—. ¿Y tú, Mina? ¿Qué haces aquí con... este?

—Yo... —empezó a balbucear la joven, sin comprender qué ocurría y asustada ante el hecho de que su hermano pudiera haber escuchado la conversación que acababa de tener con aquel desconocido.

—Ella no ha hecho nada malo. —Paddy dio un paso hacia adelante y se interpuso entre Mina y Arthur—. Fui yo quien se le acercó. No sabía que era una Van Luden.

Arthur dejó escapar una carcajada.

—Si se hubiera acercado a ella aun sabiendo quién es, no se le podría considerar más que un pobre estúpido y un iluso, porque... no pensaría que tiene alguna oportunidad de que ella lo considere como un pretendiente, ¿verdad?

Mina nunca había visto a su hermano comportarse de aquella manera tan poco correcta con nadie. No entendía el motivo. ¿Solo porque estaba hablando con ella?

—Pero Arthur, ¿qué ocurre? Este caballero no ha hecho nada inconveniente, te lo prometo.

Su hermano la miró con el ceño fruncido.

—¿Acaso no sabes quién es? Míralo: pelo rojizo y aspecto de sucio irlandés, pero dándose aires de rey. No puede ser otro que Patrick O'Neill.

Mina no pudo evitar la sorpresa al oír aquel nombre. ¡Había escuchado cosas horribles sobre él! Ni su hermano Phillip ni ella comprendían por qué el resto de su familia lo odiaba de aquel modo. Su único delito parecía ser el de haber nacido pobre y haberse enriquecido y eso, para Mina, no indicaba nada malo. Todas las familias, por encumbradas que fueran, tenían un primer miembro que había pasado de la pobreza a la riqueza.

La joven se dio cuenta de que el irlandés la miraba con atención. Seguramente esperaba ver en su rostro algún gesto de desagrado, ahora que conocía la identidad del hombre que la había besado. No fue eso lo que obtuvo. Mina no mostró incomodidad alguna. Muy al contrario: el señor O'Neill le merecía más respeto aún tras saber que era un hombre hecho a sí mismo.

—No lo había reconocido —dijo con voz firme—. Encantada de conocerlo, señor O'Neill.

—¡Dejemos las presentaciones para quien las merezca! —intervino Arthur con malos modos—. Ahora ya sabes quién es, así que te mantendrás lejos de él. Los Van Luden no nos mezclamos con gentuza.

—¡Arthur! —La voz de Mina sonó más aguda de lo que era normal en ella. No podía tolerar que su hermano tratara así a un hombre que no le había hecho nada—. No debes hablar de ese modo. Esa no es forma de comportarse.

Su hermano se rio de buena gana.

—Aprende, Mina, que una cosa es cómo nos comportamos con la gente de nuestro entorno y otra muy distinta, cómo nos dirigimos a los...

—A los que arrebatan a los Van Luden los edificios que desean para sí mismos, ¿no es así? —lo interrumpió Paddy con una enorme sonrisa llena de ironía.

Ese era el verdadero motivo de su enfrentamiento con los Van Luden: no solo lo rechazaban por ser irlandés y haber nacido pobre, sino por enriquecerse rápido y ser más listo que ellos en los negocios. Aquellos holandeses de nariz aristocrática no soportaban que él no viviera en una zona pobre, que poseyera medio Broadway y que se hubiera comprado un palacete en la Quinta Avenida, el mismo que Arthur Van Luden deseaba para vivir allí con Catherine Van Der Holm tras la boda.

—Maldito muerto de hambre... Si no fuera un caballero y no estuviéramos en una casa decente, se las vería conmigo.

Paddy lo miró con una sonrisa aún más amplia. Lo aventajaba no solo en varios centímetros de altura y en músculos, sino en la experiencia que le daba haberse criado en los bajos fondos de Londres.

—¡No me lo puedo creer! —Mina se interpuso entre ambos—. Es él quien se está comportando como un caballero y no pierde la compostura, no tú.

El rostro de Arthur se llenó de ira al escuchar las palabras de su hermana. La miró con desprecio y le costó incluso vocalizar lo que deseaba decirle.

—¡Cállate! —gruñó, alzando tanto la voz que Mina se quedó conmocionada. Era la primera vez que su hermano la trataba así.

El rostro de Paddy también se tornó oscuro cuando presenció el modo en el que aquella joven estaba siendo tratada y la mirada de miedo que ella le dirigió a su hermano.

—No le grite. —Adelantó varios pasos para acercársele, con actitud amenazante—. Tampoco la mande callarse. De caballero no tiene usted más que el nombre.

Paddy no había alzado la voz, pero su mirada mostraba odio.

Mina sintió que el corazón se le desbocaba. Escuchar cómo aquel desconocido la defendía la dejó sin respiración. Él también la miró y hubo algo que la joven no supo explicar. Todo el odio que destilaba cuando miraba a su hermano desaparecía al mirarla a ella. Había delicadeza. Había ternura. Había... algo más que no supo identificar.

—¿Va a enseñarme usted cómo tratar a una dama, bastardo miserable? —rugió Van Luden fuera de sí.

Aquella palabra removió algo dentro de Paddy, y Mina fue consciente de ello. Nadie que lo llamara bastardo había salido airoso. Aquel no era el lugar para cobrárselo a Van Luden, pero

Paddy se juró a sí mismo que algún día pagaría por ello. Puede que fuera un bastardo, pero eso no significaba que le permitiera a nadie llamárselo.

—Debo enseñarle a respetar a las mujeres, sí —murmuró el irlandés con una calma solo aparente—. Usted no parece saber en qué consiste eso.

Arthur dio un paso hacia él y Paddy sacó pecho. Mina sabía que ninguno de los dos se detendría, así que agarró a su hermano por el brazo para tratar de frenarlo. Él, sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo, la apartó con un empujón. No había sido nada excesivamente violento, pero a ella le causó una enorme impresión, pues no conocía esa faceta violenta del carácter de su hermano.

Paddy apartó a Arthur de un manotazo para alejarlo de la joven.

—¿Está usted bien, señorita Van Luden? —preguntó, verdaderamente preocupado.

Aquella voz ronca la reconfortó. Por algún extraño motivo, sentir que se preocupaba por ella la hacía sentir bien. Su corazón latía desbocado. No fue capaz de responder, solo asintió. Entonces Paddy volvió su rostro hacia Arthur, lleno de rabia, dispuesto a darle lo que se merecía, pero afortunadamente en aquel instante llegó Phillip, el hermano más querido de Mina. Se acercó a la joven y le pasó una mano por el hombro.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí? —Miró la escena con el ceño fruncido.

Arthur, sin bajar la guardia, le respondió entre dientes:

—Este maldito se atrevió a acercarse a Mina.

Paddy permanecía impassible ante las acusaciones. Parecía seguro de sí mismo y no trataba de dar explicaciones a los Van Luden sobre por qué se había acercado a Mina.

—Él no sabía quién era yo —se apresuró ella a explicar, tratando de excusar a Paddy—, pero Arthur...

—Este no es el momento ni el lugar para peleas callejeras —la interrumpió Phillip sin dejar de mirar a su hermano mayor de manera acusadora.

—Estoy de acuerdo. —Paddy respiró hondo y relajó su postura corporal, que hasta ese instante había estado tensa a la espera de una pelea—. Mi intención nunca fue molestar a la dama. Ella está al margen de los problemas que yo tenga con los Van Luden.

—A nadie le importa lo que usted dice y tampoco creemos en sus buenas intenciones —rugió el segundo vástago de los Van Luden.

—Arthur, debemos irnos —insistió Phillip—. Mina no tiene por qué ver este tipo de cosas y nuestros anfitriones merecen que nos comportemos con corrección. ¿Quieres estar en boca de toda la ciudad mañana?

Esa pregunta hizo que Arthur entrara en razón. El miedo a ser un chisme en boca de sus vecinos del Upper East Side era más fuerte que cualquier otra cosa. Comenzó a caminar hacia el salón de baile sin decir nada.

Phillip hizo una breve inclinación de cabeza ante Paddy que este respondió del mismo modo y después, abandonó la terraza con Mina agarrada de su brazo.

La joven giró la cabeza en el último momento para mirar al irlandés, que la observaba con el ceño fruncido. Mina estaba conmocionada tras haber escuchado todos los insultos que Arthur le había dirigido. Sintió una presión en el pecho. Se encogió de hombros con resignación y movió los labios para decirle, de manera que él pudiera entenderlo: «Lo siento».

Paddy se quedó embobado mirándola. Ni en un millón de años se hubiera esperado aquello. Era la primera vez que una mujer lo defendía. La primera vez que una mujer se disculpaba con él por la ofensa de otros y de la cual ella no tenía ninguna culpa. Puede que Wilhelmina Van Luden pareciera un pajarillo asustado cuando se la veía por primera vez, pero había en su interior mucha más fuerza de la que aparentaba. Probablemente mucha más de la que ella misma creía tener. Era una mujer de la cabeza a los pies.

Paddy suspiró. Si no fuera una Van Luden, nadie en el mundo le hubiera impedido acercarse a ella.

Capítulo 3

Los Van Luden hicieron el viaje de regreso a casa en el más absoluto silencio y esperaron a que su padre se retirara a su habitación para reunirse en el despacho de Georgie, el primogénito, al que tuvieron que poner en antecedentes de lo ocurrido durante la fiesta. Era la primera vez que Mina era partícipe de uno de esos cónclaves de hermanos, pues solían excluirla siempre.

—Ese maldito bastardo se atrevió a burlarse de mí —escupió Arthur fuera de sí.

—Vigila tus modales. No olvides que hay una dama presente —le ordenó Georgie.

Todos miraron a Mina, que permanecía sentada en una esquina, con los hombros hundidos y aún impresionada por el comportamiento de Arthur en la fiesta.

—No hay excusa para el modo en el que te comportaste —intervino Phillip—. ¡Delante de nuestra hermana! Ella no tiene la culpa de que un caballero se le acerque.

—¿Un caballero? —Arthur levantó la voz.

—En la escena que acabo de presenciar, y a juzgar por el comportamiento de ambos, el caballero fue él y no tú —dijo Phillip con el rostro serio y un tono de reproche.

—¿También vas a ponerte de su parte? —se quejó Arthur, haciendo una clara alusión a Mina, que había defendido al irlandés durante la confrontación en la fiesta.

—En eso debo apoyar a Arthur. —Georgie se acercó a la joven—. Debes tener cuidado con los hombres, Mina. La mayoría se burlarían de una joven inocente como tú si tuvieran la oportunidad. Pero alguien como O'Neill es aún más peligroso. No sabemos de dónde viene, quién es su familia, cuál es su verdadero carácter... No quiero que te muestres amable si vuelve a acercarse a ti.

—¿Cómo iba a saber quién era? Nunca me contáis nada. Apenas salgo de esta casa. Se me acercó en la fiesta de una manera perfectamente cortés y antes de que pudiera decir su nombre, Arthur llegó gritando e insultándolo. No entendía nada —se quejó ella.

—El hecho de que se acercara a ti sin ser presentado debería haberte alertado ya de que no quería nada bueno —explicó Arthur con evidente mal humor—. Nos has escuchado hablar de él mil veces. Ahora ya conoces su rostro. No vuelvas a permitir que se te acerque, ¿de acuerdo?

Mina asintió. Se mordió el labio inferior. Le dolía que pensarán que había sido el señor

O'Neill quien la había perseguido hasta la terraza cuando la verdad es que todo había ocurrido al revés, pero como él mismo le contó a Arthur esa versión para protegerla, ella decidió no sacarlo de su error porque entonces debería explicar a sus hermanos qué motivo la había llevado a seguirlo hasta un lugar solitario.

—Nosotros solo queremos tu felicidad, Mina. Deseamos protegerte de la maldad que hay en el mundo, ¿lo comprendes? —Georgie se había sentado a su lado y la miraba con ternura. Ella asintió.

—¿Es necesario explicarlo todo con tanto detalle? ¡Mina debe obedecer y punto! —rugió Arthur.

—¡Por supuesto que es necesario que ella entienda los motivos! —intervino Phillip—. ¿O quieres que vuelva a ocurrir otra vez lo mismo?

Arthur y Georgie lo miraron con los ojos desorbitados.

—¿A qué te refieres al decir que vuelva a ocurrir lo mismo? —preguntó Mina, curiosa.

—¡A nada! —Arthur atajó el tema sin delicadeza—. Somos tus hermanos mayores y velamos por ti y por el buen nombre de esta familia. La próxima vez que se te acerque ese irlandés piensa en todo lo que tuvo que hacer para conseguir el dinero que ahora gasta comprando edificios por todo Broadway y la Quinta Avenida. Seguro que ha robado. Incluso habrá matado. No merece que una Van Luden lo salude y espero de corazón que no desobedezcas o me veré obligado a convencer a papá de que no te vuelva a dejar salir de casa. Si eso es lo que hay que hacer para mantenerte a salvo, lo haré, que no te quepa la menor duda.

Los ojos de Mina se llenaron de lágrimas. ¿La estaba amenazando con encerrarla otra vez?

—¡Es injusto! Yo no he hecho nada. Siempre me porto bien. Nunca desobedezco. ¿Cómo puedes amenazarme con convertir esta casa en una jaula de nuevo?

—¡¿Una jaula?! Es una de las casas más lujosas del país. Nunca te ha faltado de nada. Deberías estar agradecida.

—¡Y lo estoy, Arthur! —sollozó la joven—. Pero necesito salir a la calle, conocer a gente, acudir a espectáculos musicales. Quiero vivir. Si deseáis mantenerme a salvo, enseñadme qué debo hacer en sociedad. Aquí encerrada no voy a aprender y, desde luego, no encontraré marido.

—Por eso no te preocupes —rio Arthur—. Has deslumbrado a Thomas Van Der Holm y no hay mejor partido para ti que él. De más está decirte que su padre es el socio del nuestro. Si yo me caso con Catherine y tú con Thomas, controlaríamos al completo el banco.

La joven contuvo la respiración. ¿Acaso sus hermanos ya habían decidido quién iba a ser su marido?

—No te asustes, Mina —trató de tranquilizarla Phillip—. Arthur no está dando por hecho que te vayas a casar con Van Der Holm, solo lo contempla como una posibilidad. La decisión última respecto a algo tan importante está en tu mano.

La joven no fue capaz de responder nada. Sintió una presión en el pecho, una sensación bien conocida. A veces le resultaba imposible respirar dentro de aquella casa. Al principio pensaba

que se debía al corsé, pero cuando su doncella la ayudaba a quitárselo, la sensación permanecía allí. Así fue como empezó a salir al jardín por la noche, tras cerciorarse de que todos dormían. Daba vueltas alrededor de la casa, como una sonámbula, y realizaba un sinnúmero de inspiraciones y expiraciones. Pronto comprendió que aquello no le bastaba y dio un paso más... Se apoderó del viejo vestido de una de las criadas y, ataviada con él, salía de casa en plena noche para pasar por la acera, tratando de sortear las farolas de gas para que no iluminaran su rostro. Sabía que aquello era peligroso, una dama sola y de noche... No es que no se asustara ante ese hecho, es que tenía el firme convencimiento de que se acabaría volviendo loca si no disfrutaba de vez en cuando de aquellas salidas a la calle sin supervisión de nadie.

Aquella noche, sin embargo, no podría hacerlo, por más que lo necesitara. Conocía lo suficientemente bien a su hermano Arthur como para saber que, tras la excitación de todo lo ocurrido durante la fiesta, sería incapaz de dormir y se pasearía por la casa como un fantasma.

Dos días después, Mina recibió la visita de Catherine Van Der Holm, la hija del socio de su padre. Era una joven a la que le había tomado mucho cariño, en parte porque era el único enlace que tenía con el mundo exterior, ya que sus hermanos apenas le contaban nada. Todo Nueva York sabía que Arthur cortejaba a Catherine desde hacía unos meses y que el anuncio del compromiso no tardaría en llegar.

A Mina le gustaba su futura cuñada. Era inteligente, muy resuelta y sabía cómo tratar a Arthur. Además, su familia le permitía hacer muchas cosas: salir sola a la calle, asistir sin compañía a exposiciones y conciertos... Mina pensaba que si acababa casándose con su hermano, tal vez su vida cambiara por la influencia de una joven así. Era una lástima que Thomas Van Der Holm no le resultara atractivo y que en su cabeza solo hubiera lugar para Patrick O'Neill desde que este la había besado.

—Estoy mortalmente aburrida estos días —comentó Catherine con un mohín—. Mamá se ha ido a pasar unas semanas con su hermana a Filadelfia, y papá y mi hermano... Bueno, ellos son hombres y ya sabes que me resulta mucho más motivadora la charla con otras mujeres. Además, últimamente las únicas visitas que recibimos en casa son por motivos de negocios de papá. Mañana, por ejemplo, vendrá el señor O'Neill.

Escuchar aquel apellido supuso un impacto para Mina. Trató de disimular su impresión, pero creía firmemente que las cosas ocurrían por algún motivo y que el destino le estaba enviando una señal.

—¿Te refieres al señor Patrick O'Neill, *el Irlandés*?

Catherine hizo una mueca de fastidio.

—Oh, perdona, Mina. Se me olvidó que no es una persona muy valorada en esta casa. —Soltó una risita—. ¿Me guardas el secreto, por favor? Si Arthur lo sabe, acabaremos discutiendo. Me dirá que convenza a mi padre de que no haga negocios con él, pero no veo el motivo, sinceramente. Jamás he escuchado que haya hecho nada deshonesto en Nueva York. Otra cosa es lo que haya hecho en Irlanda o en Inglaterra, pero a saber lo que nuestros bisabuelos hicieron en

Holanda antes de venir, ¿verdad?

Mina asintió con una sonrisa.

—No te preocupes, no diré nada, pero quiero algo a cambio. No soporto estar encerrada ni un día más. ¿Por qué no me invitas mañana a tu casa? Podríamos pasar la tarde juntas.

Catherine la miró con los ojos iluminados por la emoción.

—¿No te importa que esté allí el señor O’Neill?

—En absoluto —la tranquilizó—. Ese caballero no me ha hecho nada malo.

—Pero no puedes decirle nada a Arthur, ¿de acuerdo?

Mina la tomó de la mano y la miró a los ojos para que viera que podía confiar en ella.

—¡De acuerdo!

—Hablaré con mi hermano Thomas para que tampoco le diga nada a Arthur. Claro que, si finalmente papá hace negocios con el señor O’Neill, se volverá loco y a ver cómo lo tranquilizo.

—Tú eres la única que sabe cómo hacerlo —dijo Mina, consciente de que su amiga era la única persona del mundo que controlaba el temperamento de Arthur. Todos hablaban siempre del temperamento de Arthur, aunque Mina no había podido comprobarlo hasta la fiesta en casa de los Raven. Ahora era consciente de cómo podía llegar a explotar.

En cuanto su amiga se fue, la joven se dedicó a escribirle al señor O’Neill una carta de disculpa por cómo lo había tratado su hermano. Podría dársela en mano disimuladamente en cuanto lo viera de nuevo.

Capítulo 4

El carruaje de los Van Der Holm pasó a recogerla a la hora indicada. La propia Catherine vino a buscarla, acompañada por su hermano Thomas. Mina había salido tan pocas veces de casa que aún le resultaba excitantemente novedoso todo lo que veía en la calle. Trataba de seguir la conversación de sus amigos, pero su único deseo era encontrarse con Patrick O'Neill.

Bordearon Central Park bastante despacio, pues a aquella hora había decenas de coches y transeúntes. Cruzaron la Sexta Avenida justo cuando la humeante locomotora pasaba por la línea del ferrocarril, elevada por encima de sus cabezas, y con su traqueteo se hizo imposible escuchar la conversación dentro del carruaje. Mina estaba fascinada por los ruidos, los olores y el bullicio de la ciudad.

Llegaron al fin a la elegante Quinta Avenida con sus extraordinarios palacios. La residencia de los Van Der Holm se encontraba situada relativamente cerca de la catedral de san Patricio, cuyas obras casi habían finalizado ya. «Esos malditos católicos tienen que llamar la atención en todas partes, incluso con sus templos», exclamaba su hermano Arthur al ver la altísima torre de la catedral. Y cuando decía católicos se refería concretamente a los irlandeses, por quienes sentía un odio que era del todo inexplicable para la joven y para Phillip.

Thomas Van Der Holm se apresuró a bajarse del carruaje para ayudar a su hermana y a la amiga de esta a descender. Cualquier mujer un poco más coqueta que Mina se habría dado cuenta del interés que mostraba el joven por ella. Incluso dedicaba más cuidado del habitual en estar presentable. Estiró la chaqueta de su traje gris claro y comprobó que la pajarita estaba recta cuando las jóvenes no lo miraban. Hasta no hacía demasiado había llevado un pañuelo anudado al cuello, pero de un tiempo a aquella parte, muchos caballeros se habían sumado a la nueva moda de la pajarita y él no había querido quedarse entre el grupo de los anticuados en lo que a la moda se refería.

—Espero que no le importe que tengamos otra visita, señorita Van Luden —le dijo Thomas, pues sabía que ella no estaba acostumbrada a alternar con demasiada gente. De hecho, la había visto por primera cuando acudió a la ópera en el Metropolitan y se había quedado prendado de su belleza, elegancia y candor—. Aunque puede que ni siquiera nos encontremos con él. Ha venido

a discutir unos negocios con mi padre.

—Oh, no se preocupe por eso. ¿Cómo iba a molestarme semejante cosa? —Mina sonrió con deleite. De hecho, estaba ansiosa por encontrarse con esa otra visita.

—Ya la he informado sobre el señor O'Neill. —Catherine se tomó del brazo de su hermano. Se reservó el detalle de que los Van Luden odiaban al irlandés y no les gustaría demasiado que su hermana estuviera bajo el mismo techo que él, pero ese era un detalle que Catherine sabía por su estrecha relación con Arthur. Se lo explicaría ella misma cuando lo viera. Siempre sabía cómo hablarle para aplacar su mal carácter. Sería tan sencillo como contarle una pequeña mentira: que O'Neill había ido a hablar con su padre sin que ella tuviera noticia y que se llevó a su hermana a una parte de la casa en la que fuera imposible que ambos se encontraran. Él valoraría que cuidara a Mina, pero en realidad Catherine no comprendía el motivo que llevaba a los Van Luden a esconderla del mundo y a asumir que todos los hombres estaban a la espera de acercarse a Mina para aprovecharse de ella.

—Considero a Patrick O'Neill un buen hombre —explicó Thomas—. Duro en los negocios, pero justo en los tratos. Es una persona de palabra y eso es algo que valoro. Cada vez quedan menos caballeros en Nueva York.

Mina asintió. Le gustaba saber que el hombre que le había robado su primer beso era digno de respeto por parte de alguien más que ella misma.

Varios criados con librea los saludaron al entrar en el amplio *hall* y uno de ellos los precedió de camino a la sala principal para abrirles la puerta de doble hoja. Los tres jóvenes accedieron en silencio y escucharon las dos voces masculinas que conversaban dentro.

—Ya estamos aquí, padre —dijo Catherine, con voz cantarina, a modo de saludo.

El anciano volvió la cabeza hacia su hija al tiempo que Patrick O'Neill se levantaba para hacer una leve inclinación de cabeza. Solo cuando volvió a elevarla vio a Mina y no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Creo que no han sido presentados, ¿no es cierto? —Thomas no esperó respuesta. Era una simple pregunta retórica, pues asumía que, en efecto, no se conocían ya que Mina casi no salía de casa—. Señorita Van Luden, permítame que le presente al señor O'Neill.

—He oído hablar de sus grandes dotes para los negocios —comentó Mina con una sonrisa.

—Exageraciones —respondió Paddy, aún con aquella mirada sorprendida.

—Oh, vamos, señor O'Neill —intervino Catherine Van Der Holm—, no sea usted modesto. Todo Nueva York sabe que es el dueño de casi todo Broadway.

—Y debemos asegurarnos de que eso siga así. —El anciano señor Van Der Holm trató de sonreír, pero se le notaba preocupado—. Que sea el dueño de *casi* todo Broadway, pero no de todo. Que deje algo para los demás.

Sus palabras dieron a entender a sus hijos que el irlandés no había aceptado la propuesta de negocios ofrecida por su padre.

Tras las presentaciones, todos tomaron asiento y se les sirvieron unos refrigerios. Las

conversaciones versaban sobre gente que Mina solo conocía de oídas y espectáculos que deseaba ver, aunque no tenía el convencimiento de que su padre le permitiera asistir a todos ellos.

A Mina, la carta le quemaba en el bolsito de mano. Se preguntaba si tendría oportunidad de dársela al señor O'Neill de una manera discreta. Era consciente de la gravedad que adquiriría el asunto en caso de ser descubierta por miradas indiscretas. Se pondrían en lo peor: creerían que tenía una relación secreta e ilícita con él... Y aun así, estaba dispuesta a hacerlo. De hecho, sentía la necesidad.

Nunca hasta ese momento había sido tan consciente de sí misma, de su propio cuerpo y del hombre que se sentaba frente a ella. Levantar la mirada hacia él se le hacía difícil porque sentía cómo la observaba, lleno de curiosidad. Le sudaban las manos, su corazón latía enloquecido y su respiración se había acelerado... Todo por él.

Durante una hora la joven casi no pronunció ni una palabra y estaba cómoda ocupando ese lugar discreto, pero entonces Catherine, en cuanto la conversación empezó a decaer, decidió convertirla en protagonista.

—¿Por qué no nos cantas algo, Mina? —La joven miró al señor O'Neill y a su hermano Thomas—. No se imaginan la excelente voz que tienen ante ustedes.

Mina se sonrojó.

—Puede tocar también el piano, si lo desea —se ofreció Thomas—. Tenemos uno ahí mismo.

A ella no le salieron las palabras y simplemente asintió, sonrojada y nerviosa. Se sentó en la banqueta del piano y no se le ocurrió nada que tocar, excepto una vieja canción de cuna que le recordaba a su institutriz.

Acarició con delicadeza las teclas del piano y Paddy se dio cuenta de inmediato de la maestría con la que se movían sus manos, pero cuando la oyó cantar, se quedó impresionado. El timbre de su voz era claro y exquisito. Él se ganaba la vida gracias al mundo del espectáculo y reconocía a un verdadero artista en cuanto lo veía, pero Wilhelmina Van Luden no era una simple artista, sino una maestra del piano que además poseía una voz gloriosa.

Cuando al fin terminó de cantar, todos aplaudieron. Todos, excepto Paddy, que permaneció mudo durante unos instantes.

—Es usted extraordinaria —dijo al fin, con la voz ronca y sincera—. Llenaría el Metropolitan si se lo propusiera. Y la Academia de la Música. Y cada uno de mis teatros, dicho sea de paso.

Mina sonrió con timidez mientras se aproximaba de nuevo al sillón y tomaba asiento.

—Me temo que es usted demasiado generoso, señor O'Neill.

Él negó con la cabeza sin dejar de observarla.

—En absoluto. No digo más que la verdad. Es una artista exquisita, señorita Van Luden.

—¡Cierto que lo es! —Catherine miró a su amiga—. Pero tan humilde... ¿Cuántos años has dedicado a estudiar canto y piano?

—Desde que tenía cuatro.

—Lo hace durante horas y horas, señor O'Neill. ¡Qué constancia!

—Tú también practicarías de ese modo si no tuvieras otra cosa que hacer, pero tu vida está llena de diversiones. —Se arrepintió justo después de decirlo, pero no se le ocurrió ningún comentario para mejorar la impresión que podía haber dado a quienes la escuchaban. No quería que pensarán que se estaba quejando de su vida. ¿Qué pensarían su padre y sus hermanos si se enteraban?

—El resultado de tanto esfuerzo es asombroso. —Thomas no disimulaba su admiración por la joven y todos en la sala se percataron de ello, excepto la propia Mina.

La tos del señor Van Der Holm los interrumpió. Thomas se levantó, solícito, para acercarle un vaso de agua que ya tenían preparada en una mesita auxiliar, pero tras beber, la tos se intensificó.

—¿Le llevo a su dormitorio, padre? —preguntó Thomas preocupado.

El anciano asintió. Thomas se apresuró a levantarlo del sillón y Catherine fue en su ayuda.

—Permítannos unos momentos. Ahora mismo regresamos —murmuró la joven.

—Por supuesto —dijo Mina.

Paddy se levantó e hizo una inclinación al anciano cuando este abandonaba la sala.

Mina no podía creer la suerte que había tenido. ¡Un instante a solas con Patrick O’Neill! Para poder darle la misiva o, lo que era mejor, para decirle ella misma lo que deseaba. Y sin embargo, no era capaz de levantar la mirada de su regazo. Se sentía vulnerable teniéndolo enfrente. Había algo bullendo en su interior y deseando salir, una pasión por la vida que había permanecido tanto tiempo silenciada que Mina la había dado ya por perdida, pero aquel hombre la hacía sentirse viva. Quería ser valiente, quería ser intrépida, pero ¿cómo hacerlo?

—¡Qué casualidad encontrarnos de nuevo aquí! —dijo Paddy con su voz ronca y profunda—. Usted y yo no nos movemos precisamente por los mismos ambientes, pero últimamente no dejamos de encontrarnos.

La joven respiró profundamente, se armó de valor y habló.

—No es casualidad. Sabía que estaría aquí y me las ingeníé para venir. —Solo cuando terminó de decirlo, levantó la mirada y la clavó en el irlandés. Vio cómo este tragaba saliva y cómo su rostro mostraba una genuina mueca de sorpresa.

—¿Por qué? —Su tono había descendido hasta ser casi un susurro.

—Necesitaba disculparme... —respondió ella bajando también la voz y utilizando un tono confidencial.

—¿Disculparse conmigo? —No salía de su sorpresa.

Ella asintió sin dejar de mirarlo. Notaba cómo su respiración se volvía más pesada. Que la observara tan fijamente la alteraba.

—Quería pedirle disculpas por lo que mi hermano Arthur le dijo. Se comportó de una manera indigna con usted.

En el rostro del irlandés se dibujó una leve sonrisa.

—¿Cómo sabe que no merecía esas palabras?

—¡Nadie las merece, señor O’Neill! Mi hermano no lo acusó de ser una mala persona ni de

haber hecho nada indebido. Lo único que pudo reprocharle fue su origen y eso es algo que no se debe utilizar en contra de nadie. No elegimos dónde nacemos ni quién es nuestra familia. A una persona solo se le pueden reprochar las cosas indignas que ha hecho en su vida.

—Eso fue lo que me dijo a la cara, pero en casa ha debido de contarle muchas más cosas. Estoy seguro de que su hermano no escatimó detalles a la hora de contarle lo que supuso que yo había hecho para conseguir mi fortuna. Casi estoy seguro de que no exageró en nada. —El rostro de él se endureció—. ¿Eso no la asusta?

Ella se lo pensó unos instantes antes de responder. Había creído que Arthur mentía en todo, pero el propio señor O'Neill reconocía que seguramente fuera cierto todo.

—Me dijo que había sido un niño pobre.

—Eso se queda corto, me temo. Los niños pobres no tienen ropa y apenas comida, pero tienen familia, un techo humilde. Yo no tuve nada. Mi madre murió cuando contaba cuatro años. Era prostituta. No sé quién fue mi padre. Desde que quedé huérfano viví en la calle y robé cuanto pude y a todo incauto que se me acercara. ¿Sigue sin asustarse?

Mina se sorprendió ante esta confesión tan íntima.

—Arthur dice que seguramente ha matado a gente.

Paddy la miró durante un largo instante, sopesando qué hacer, y llegó a la conclusión de que no debía mentir. Por algún motivo aquella muchachita estaba interesada en él, más de lo que era aconsejable a una joven respetable, y como a él tampoco le era precisamente indiferente, debía decir algo que la asustara y la alejara para siempre, pues temía caer en la tentación.

—Eso también es cierto.

Mina contuvo la respiración. Las manos le temblaron.

—Maté a un hombre que trataba de asesinarme. Solo me estaba defendiendo de ese malnacido —puntualizó. Como vio que ella parecía aliviada, continuó tratando de asustarla—: Pero he propinado más palizas de las que puedo recordar. He destrozado caras y mandíbulas, he roto huesos y he dejado a hombres tumbados en la cama y sin poder moverse durante semanas y lo he hecho para que no me arrebataran mi posición de poder. Mis motivos no eran honorables, como ve. ¿Qué tiene que decir a eso, señorita Van Luden? —preguntó casi con rabia, sabiendo la respuesta... Pero se equivocó.

—Que su madre estaría muy orgullosa si pudiera verlo ahora. ¿Cómo se llamaba?

—¿Qué? ¿Quién? —Las palabras de la joven lo habían pillado por sorpresa.

—Su madre, ¿cómo se llamaba?

Paddy tardó en responder pues no se esperaba que ella reaccionara así.

—Fiona.

—¿Fiona O'Neill? Es un bonito nombre. —Suspiró—. Respondiendo a su pregunta: sí, me asusta lo que me ha contado, pero creo que no es usted un mal hombre. Al contrario. Lo que me acaba de narrar es la historia de un superviviente con una vida difícil. Trato de no juzgar la vida de nadie porque no sé qué habría hecho yo en su lugar. Usted parece un buen hombre. El modo

en el que me defendió de Arthur... —Su voz se entrecortó—. ¿Cómo agradecerle que abogara por mi derecho a hablar, a no ser zarandeada?

El corazón de Paddy latía con fuerza. Las manos le dolían por culpa de mantener los puños cerrados, aunque ni siquiera se había dado cuenta de ello. ¿Qué le estaba pasando con aquella joven recién salida del cascarón?

—No me debe ninguna disculpa, Wilhelmina. —Pronunció su nombre sabiendo el efecto que tendría en ella. Vio cómo se sonrojaba—. Es su hermano quien trató de humillarme sin conseguirlo. Usted solo me ha dado cosas buenas en cada uno de nuestros encuentros: respeto, comprensión y... —dudó si decirlo o no— el beso más tierno y apasionado que he recibido jamás. No, no me debe nada. Yo soy quien está en deuda con usted. —Adelantó su cuerpo sin levantarse de la silla, lo suficiente para tomar una de las enguantadas manos femeninas, que reposaban en el regazo, entre las suyas y llevársela a los labios—. Y pagaré esa deuda siendo un caballero. Usted y yo no debemos vernos más y lo sabe. Dejemos la hipocresía propia de su clase a un lado y hablemos con claridad. Algo nos arrastra hacia el otro. Nos atraemos, eso es evidente, pero no puede ser. No *debe* ser.

Mina se sonrojó de tal manera que Paddy se sintió culpable por haber sido sincero en exceso con alguien que no estaba acostumbrada a que lo fueran. Apartó la mano que él había tomado entre las suyas.

Un caballero jamás sacaría un tema tan delicado como aquel ante una dama. La estaba rechazando cuando ella ni siquiera le había propuesto nada. Le dolía intensamente, pero Mina reconocía que estaba en lo cierto. Algo ocurría entre ellos cuando estaban cerca. Quizá se debiera a aquel beso apasionado compartido en la oscuridad. El motivo importaba poco, lo cierto es que ella era una Van Luden y él, el hombre más odiado por su familia.

—Tiene razón, señor O'Neill. Lamento haberle causado una molestia. —Trató de ser madura y no dejar entrever que había herido su orgullo, pero no lo logró.

—No quiero que se disculpe. No me ha molestado en absoluto. —La voz masculina sonaba conciliadora, casi dulce.

—Mi intención era buena —continuó ella sin hacerle caso, sin mirarlo ya, tratando solo de explicar el motivo que la había llevado allí—. Estaba tan avergonzada por el comportamiento de mi hermano... Le escribí una carta y esperaba tener la oportunidad de dársela en secreto, pero después se presentó esta oportunidad y preferí hablarle.

—¿Ha escrito una carta para mí? —Se inclinó nuevamente en su sillón para acercar su cuerpo al de ella, que se encontraba justo enfrente—. Me gustaría que me la diera.

Ella negó con la cabeza.

—Deme la carta, Wilhelmina. —Era una orden, pero el tono de su voz era paciente y hasta un poco juguetón.

Negó de nuevo. Estaba seria y dolida. La primera vez que él había utilizado su nombre sintió una extraña emoción, pero en ese instante no. Parecía que la estaba sermoneando como si fuera

una niñita y si odiaba que lo hicieran sus hermanos y su padre, mucho más un desconocido.

—Wilhelmina... —comenzó de nuevo el irlandés.

La joven levantó el rostro y lo miró a los ojos sin titubear.

—He dicho que no, Patrick. —Puso énfasis al pronunciar su nombre. No iba a llamarlo señor O'Neill otorgándole la ventaja de años y experiencia que él utilizaba para hablarle con cierto paternalismo y atreverse incluso a usar su nombre de pila.

Paddy abrió los ojos, sorprendido. Se dio cuenta de que cuando ella no quería algo, lo manifestaba de una manera tajante que le encantaba. En algunos aspectos, era una joven inexperta... Pero en otros, era toda una mujer. No podía negarlo: su fascinación aumentaba cuanto más la conocía.

—Lamento... —comenzó a decir el irlandés, pero en ese momento entraron Thomas y Catherine en la sala.

—Sentimos haberles hecho esperar —se excusó la señorita Van Der Holm—, pero nuestro padre tiene unos rituales muy específicos a la hora de acostarse y aún no hemos encontrado a nadie que lo ayude como él desea, de manera que Thomas y yo nos encargamos personalmente.

—Lo comprendo —dijo Mina con una sonrisa forzada y levantándose del sillón con cierta prisa—. Me temo que se me ha hecho tarde y ya sabes cómo se pone mi padre con este tipo de cosas, Catherine. Debo irme ya.

Paddy estuvo a punto de ofrecerse para llevarla, pero se dio cuenta de lo inadecuado de que una Van Luden se dejara ver en su compañía. Su familia lo mataría.

—Por supuesto. —Era Thomas quien le respondía—. ¿La acompañas tú, Catherine?

La joven asintió.

Mina sentía envidia de aquella libertad que le daban a la señorita Van Der Holm. A ella jamás la hubieran dejado ir sola en un carruaje sin la compañía de uno de los hombres de la familia. Todos sabían que los Van Der Holm tenían ideas muy avanzadas en lo que a la educación y los derechos de las mujeres se trataba. Ella, en secreto, albergaba esas mismas ideas y a veces las había discutido con Phillip, que la apoyaba, pero jamás las hubiera verbalizado delante de sus otros hermanos ni, mucho menos, ante su padre.

Paddy se levantó de inmediato para despedirse de ella con una leve inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer conocerla —le dijo sin apartar la mirada de ella.

—Debe volver pronto, señorita Van Luden. Es muy agradable escucharla cantar y tocar el piano. —Thomas también se inclinó ante ella y le mantuvo la mirada.

A él sí que le dedicó Mina una luminosa sonrisa.

—Buenas tardes —dijo antes de abandonar la sala en compañía de Catherine y sin mirar siquiera a Paddy.

Capítulo 5

La casa al fin estaba silenciosa. Todos dormían. Mina se deslizó fuera de la cama y buscó el viejo vestido de Ann, una de las criadas, que tenía escondido en una caja donde supuestamente deberían estar guardadas sus muñecas. Se vistió con dedos temblorosos y en completo sigilo salió del dormitorio y bajó por las escaleras de servicio hasta el patio trasero. En cuanto puso un pie fuera de la casa, sus pulmones volvieron a funcionar con normalidad. Hasta ese instante, le costaba tanto respirar que a veces le parecía que estaba a punto de desmayarse. La casa la ahogaba.

La noche era deliciosa. Fresca, pero no fría. Las estrellas brillaban en el cielo. Tomó aire, lo mantuvo unos instantes y finalmente lo dejó salir por la boca. Estiró los brazos. Caminó muy pegada a los muros para no ser descubierta si alguien no estaba dormido y miraba a través de una ventana.

Al pasar cerca de la verja por la que algunos comerciantes traían las mercancías que recogían sus criados, Mina tocó la llave que siempre llevaba en el bolso de mano que había pertenecido a Ann. La joven había dejado de trabajar para los Van Luden poco tiempo antes de casarse y había olvidado aquel viejo vestido que Mina guardó con la intención de usarlo algún día. Dos años antes de disfrazarse con él para salir a dar una vuelta por la ciudad sin que nadie la reconociera, esa idea ya estaba fija en su cabeza, como una obsesión.

«¿Me atreveré hoy a salir?», se preguntó mientras apretaba con fuerza la llave en su mano derecha. No siempre abandonaba su propiedad. A veces, el miedo la embargaba. En esta ocasión, en cambio, abrió la puerta tratando de no hacer ruido y decidió dar una vuelta rápida a la manzana.

Aquellas aventuras nocturnas habían comenzado varios meses atrás. Primero se conformó con el jardín de su casa. Más tarde, daba un paseo rápido por la acera, sin cruzar siquiera. En aquellos momentos, daba largos paseos de más de una hora, tratando siempre de no ser vista por nadie.

La acera estaba vacía. No había transeúntes ni coches. Unos pocos faroles de gas iluminaban la acera. A pesar del miedo, caminó con paso vivo y fue entonces, solo entonces, cuando se sintió verdaderamente viva.

Paddy había cambiado su ruta para ir al teatro. Desde que se había encontrado con Mina en casa de los Van Der Holm, solía pasar por su calle para tratar de atisbar su figura en alguna ventana.

Sabía que algo así era del todo absurdo, que la probabilidad de verla a través de las cortinas era ínfima y que en caso de darse esa casualidad, de nada le serviría verla. Pero seguía asomándose al ventanuco cada vez que pasaba delante de su casa. Ese fue el motivo por el que se fijó en la silueta femenina que caminaba por la calle sola a esas horas de la noche. Al principio, creyó que estaba loco al pensar que era Mina. Se dijo a sí mismo que comenzaba a obsesionarse con la joven. Sin embargo, necesitó comprobar que no era ella. Que aquel vaivén de caderas que creía conocer bien tras verla solo en tres ocasiones no pertenecía a Mina. Dio unos golpes en el techo del carruaje para que el cochero se detuviera y se apeó. La joven pareció percatarse y aligeró el paso.

—No voy a hacerle daño —murmuró mientras corría hacia ella. La tomó del brazo y la obligó a darse la vuelta.

—¡Suélteme o gritaré! —dijo la joven con la voz alterada.

Fue entonces cuando Paddy la vio. Aunque se había bajado de su carruaje guiado por una corazonada, cuando al fin la tuvo frente a él, no se lo podía creer.

—¡Señorita Van Luden! —Había optado por volver a un tratamiento más formal, pues era consciente de lo mucho que a ella la había molestado que la llamara Wilhelmina la última vez.

La joven trató de zafarse de la mano de hierro con la que la sujetaba.

—¡Déjeme ir! —Sus palabras casi parecían un sollozo.

—¿Le ha ocurrido algo? ¿Por qué está aquí fuera a estas horas? —Su voz mostraba una evidente preocupación.

Ella negó con la cabeza antes de responder.

—Suélteme. Es la segunda vez que se lo pido. Lo que hago aquí es asunto mío.

—Perdone, pero no puedo hacer como si no la hubiera visto. Dejarla aquí sola me parece una irresponsabilidad. ¿Sabe el peligro al que se enfrenta?

—Lo sé, no soy estúpida.

—¿Entonces qué está haciendo aquí sola, por el amor de Dios?!

—¡Respirar! —respondió, alzando la voz.

Paddy la miró en silencio durante unos segundos, sin comprender.

—¿Respirar? ¿Cómo que respirar?

—Me ahogo. —Giró la cabeza para echar un vistazo sobre su hombro. La casa de los Van Luden no estaba demasiado lejos—. Allí me ahogo. Siento que no puedo respirar.

—No entiendo...

—No hace falta que entienda. Vuelva a su carruaje y retome su camino. Yo volveré a casa. Haga como que esto no ha ocurrido. —Comenzó a caminar hacia su casa, pero él la detuvo

agarrándola nuevamente del brazo. Cuando se giró, su rostro estaba bañado en lágrimas.

Paddy sintió que se le encogía el corazón.

—Venga conmigo.

Mina lo miró sorprendida.

—¿Qué?

—No le haré ningún daño. Venga conmigo. Si le cuesta respirar en su casa y necesita dar una vuelta por las calles, la acompañaré. Yendo sola se arriesga a que un desalmado...

—¿Y se puede saber dónde me llevará?

—A ninguna parte. Daremos vueltas hasta que se tranquilice y se vea con fuerzas de regresar. Si alguien la reconoce... —No terminó la frase—. Será mejor que se resguarde en la intimidad que da el carruaje.

Ella asintió y dejó que la ayudara a subir. Una vez instalada en el asiento, frente a él, clavó la mirada en las manos que descansaban en su regazo. El cochero arrancó. Paddy dejó pasar unos segundos hasta atreverse a hablar.

—¿Quiere contarme qué ocurre?

Mina seguía llorando. Era un llanto quedo que trataba de controlar, sin éxito.

—¿Le importa, acaso?

—No le preguntaría si me fuera indiferente. Ha dicho que no puede respirar en su casa. Imagino qué ocurre, pero prefiero escucharlo de usted.

Mina entornó los ojos.

—¿Qué cree que sabe de mí?

Paddy no podía contarle lo que le habían dicho sus dos mejores amigos, lo que todo Nueva York comentaba: que los Van Luden la tenían prisionera por miedo a que le ocurriera algo, como a su madre y su hermana, aunque el irlandés no comprendía ese exceso de celo. Al fin y al cabo, las otras mujeres de la familia habían muerto por enfermedad y eso es algo que no se puede evitar por más que encierres a alguien en casa y no vea la luz del sol.

—Supongo que desea más libertad.

Ella sonrió en la oscuridad del carruaje. Paddy vio sus dientes brillar e intuyó que la sonrisa era más una mueca que otra cosa.

—Los hombres no comprenden nada y usted comprende aún menos que el resto, pues ha crecido sin nadie que le marcara unas normas. ¿Cómo puede entender lo que siento? Me ahogo, siento que me falta el aire. Me ocurre especialmente por la noche, cuando no logro dormir y me asaltan los más oscuros pensamientos.

—¿Qué pensamientos son esos?

—Que mi vida nunca será más de lo que es ahora. Que en el mejor de los casos, acabaré casada con un hombre que me prohíba salir a la calle igual que hacen ahora mi padre y mis hermanos. A menos que...

—¿Qué?

Mina rio, como si la idea que estaba a punto de decir en voz alta fuera una estupidez, aunque sabía que en el fondo lo era.

—A menos que me case con Thomas Van Der Holm. —Volvió a reír—. Su familia tiene unas ideas muy revolucionarias con respecto a las mujeres.

—No debería reírse. Thomas Van Der Holm es uno de los mejores hombres que encontrará en Nueva York. Sería un excelente marido.

—Si aspiro a casarme sin amor sí, ¿pero qué ocurre si no es así? ¿Acaso no se puede tener todo?

Ahora era Paddy quien emitía una risa ronca.

—No sabría qué decirle. No conozco a nadie que lo tenga todo, pero tampoco me atrevo a asegurar que no es posible.

Se miraron un instante sin verse apenas, más que cuando el carruaje pasaba cerca de una farola. Se instaló un silencio incómodo en el carruaje que duró varios minutos. El irlandés dudo si era conveniente lo que estaba dispuesto a proponerle, ni siquiera sabía por qué iba a proponérselo. Lo único que tenía claro es que quería verla feliz, que ella merecía un poco de libertad y que él podía procurársela y protegerla para que nada malo le ocurriera.

—¿Dónde iría si pudiera, si fuera completamente libre?

Mina alzó la mirada que hasta entonces había permanecido clavada en el ventanuco través del cual se veía la calle desierta. Ni siquiera dudó un instante. Respondió como si esa respuesta llevara tiempo preparada y esperando a salir de sus labios.

—A cualquier parte donde nadie me conociera. A cualquier lugar que nunca antes hubiera pisado, lleno de gente diferente a la que he conocido hasta ahora. Gente bulliciosa y alegre que ni siquiera tuviera noticia de la gran cantidad de normas sociales que le eran impuestas a una joven como yo por el simple hecho de haber nacido en una familia rica.

Paddy no respondió. La joven casi pensó que no la había escuchado o que no le importaba lo más mínimo lo que le había dicho, de modo que siguieron un buen trecho más en silencio. Tan ensimismada estaba, que solo cuando se vio en una calle llena de gente pareció despertar de su letargo y preguntó:

—¿Dónde estamos?

Paddy la miró con gesto serio.

—¿Confía en mí, señorita Van Luden?

—¿Me habría subido con usted a este carruaje si no lo hiciera?

El irlandés sonrió.

—Estamos en Broadway, ese es uno de mis teatros y si me promete que no se moverá de aquí, encontraré la manera de que pueda entrar sin ser reconocida. Deme tan solo un minuto y le mostraré otro mundo con el que ni siquiera ha soñado. Pero lo conocerá de manera segura: conmigo.

El antifaz que Paddy le había dado parecía hecho a su medida. Le cubría toda la cara y eso impedía que nadie la reconociera en caso de toparse con alguien del Upper East Side, aunque consideraba poco probable encontrarse con un conocido justamente allí.

—¿Está segura de querer hacerlo? —Paddy quería cerciorarse.

—Muy segura —respondió ella sin un atisbo de duda.

El irlandés fue el primero en descender del carruaje y prestarle ayuda para que ella hiciera lo mismo.

—Tómese de mi brazo y nadie la molestará —le dijo en un susurro, inclinándose hacia ella.

Mina obedeció. Estaba absorta contemplando el bullicio de la gente. Nunca había estado tan lejos de la zona rica de Nueva York. A esa altura de Broadway, las calles estaban más sucias y la vestimenta de la gente era más humilde, de manera que ella no llamaba la atención con su ropa vieja de criada. Quien no pasaba desapercibido era Paddy O'Neill, no solo porque levantaba dos palmos a los hombres que se iba encontrando, sino porque iba tan elegante que desentonaba con el entorno. Mina se sintió orgullosa de ir a su lado, tomada de su brazo. Había algo en él que inspiraba respeto y ella lo valoraba especialmente porque ese respeto no se debía a su apellido, sino a que se había hecho a sí mismo.

El teatro bullía. La gente era ruidosa y demostraba exageradamente sus emociones. Las risas la ensordecían, acostumbrada como estaba al silencio de su casa familiar y a la calma con que discurrían las fiestas a las que le habían permitido ir. Se encogió levemente cuando una mujer se carcajeó a su lado.

—¿Está bien? —La voz de Paddy mostraba preocupación—. ¿Desea que nos vayamos?

—¡No! Solo me asombra que haya tanto ruido, pero me acostumbraré. Quiero ver el espectáculo.

El irlandés la condujo a su palco, el mejor del teatro, y encargó champán. Fue consciente de cómo miraban todos a la mujer que lo acompañaba. Él solía acudir solo a las funciones o acompañado de un grupo grande de amigos, todos hombres, pero nadie lo había visto nunca con una mujer en su palco.

—¿Qué tipo de espectáculo vamos a ver? —se interesó Mina.

—Una obra de teatro de un autor francés llamado Molière. ¿Lo conoces?

—Solo de nombre.

La joven miró el champán cuando el camarero entró en el palco. Paddy era el único que tenía permitido beber. El alcohol estaba prohibido para los de más. Ni siquiera dejaban entrar a quienes sospechaban que podían estar ebrios, así evitaban conflictos.

El irlandés estuvo a punto de recomendarle a Mina que aquella noche no bebiera. Temía que pudiera embriagarse y no estar en plenas facultades para entrar en su casa sin ser vista, pero ni siquiera le dio tiempo a decir nada. Fue ella quien decidió no hacerlo.

—Nunca he probado el champán y me encantaría hacerlo, pero creo que no es el momento adecuado... Con la emoción de ver la obra me basta y me sobra por hoy.

Paddy no miró el escenario en ningún momento de las dos horas que duró la representación. De hecho, no hizo otra cosa que observar y estudiar el perfil de Mina. Sus emociones se reflejaban en su rostro de una manera clara... La ilusión, la sorpresa. Cada poco tiempo suspiraba, sonreía, se llevaba las manos al pecho. Cuando la obra terminó y descendió el telón, la joven tenía lágrimas en los ojos y aplaudía con verdadero entusiasmo.

—Ha sido maravilloso, ¡maravilloso!, ¿no le parece, señor O'Neill?

Paddy sonrió.

—¿Es la primera vez que ve una obra de teatro, señorita Van Luden?

—Oh, sí... Y habrá otras primeras veces, ¡prométamelo! —le pidió, muy ilusionada.

El irlandés pensó que ya habían compartido más primera veces, al fin y al cabo el primer beso de la joven se lo había dado él; la primera vez que había visto una obra teatral había sido con él; seguramente compartirían más primeras veces... «Pero no todas sus primeras veces... No *esa* primera vez», se dijo a sí mismo, sintiendo por primera vez un nudo en el estómago al imaginarla entregándose a otro. Agitó la cabeza para borrar ese pensamiento, pero lo logró.

Aquella noche no se atrevió a alargar la salida por más tiempo. Tras la función, decidió llevarla a casa.

—¿Cómo podré agradecerle esto, señor O'Neill?

—Créame si le digo que para mí es suficiente pago verla feliz.

En el interior del carruaje ambos vieron los ojos del otro brillar, o al menos creyeron verlo, y Paddy fue bastante consciente de hasta qué punto le gustaba Mina.

—¿Respira mejor ahora que cuando nos encontramos? —quiso saber él antes de dejarla ir.

—Oh, ya lo creo. Siento que respiro mejor que nunca.

Ella sonrió cuando acabó de hablar y el irlandés sintió una punzada en el corazón. Entonces la joven se puso seria y miró los labios masculinos. Era evidente que estaba recordando el beso que habían compartido. Su respiración se aceleró y Paddy pensó que era mejor despedirse de inmediato o acabaría no pudiendo controlar sus impulsos y besándola en medio de la calle y enfrente de la casa de su maldita familia.

—¿Le parece bien que repitamos nuestra salida el próximo jueves? —dijo él—. Se estrena una obra en uno de mis teatros. Creo que le gustaría.

La sonrisa de ella se amplió.

—Me encantaría, señor O'Neill.

—Pero nos detendremos antes en mi casa. No puede ir así vestida, como una criada. Para el jueves le tendré preparado algo... mejor.

—Lo que usted diga —murmuró ella antes de escabullirse por la puerta trasera del patio de la casa familiar.

Paddy subió al carruaje y en medio de la soledad y oscuridad del mismo se dijo, con la

sinceridad con la que siempre se hablaba a sí mismo: «Esto ya no tiene marcha atrás. Te han robado el corazón».

Capítulo 6

Paddy había quedado con sus dos mejores amigos para comer en uno de los mejores restaurantes de la ciudad y hablar con ellos del asunto que lo tenía trastornado desde que había besado por equivocación a Mina. Llevaban semanas viéndose de manera inocente y había ocurrido lo inevitable. Estaba enamorado de la joven y era consciente de que ella sentía lo mismo, incluso sin decirlo. Tenía demasiada experiencia como para no leer en el corazón de aquella muchachita como si fuera un libro abierto.

—Estoy pensando en casarme —soltó sin preámbulos.

Tanto Alistair Vuks como William Raven se quedaron mudos de la sorpresa y tardaron en pronunciar palabra alguna.

—¿Se puede saber quién es la afortunada? —quiso saber Raven.

—Antes de decir su nombre quiero avisaros de que el asunto va a ser muy complicado y que necesitare de vuestra ayuda.

Ambos rieron al escucharlo.

—Te recuerdo —dijo Alistair— que a mi esposa intentó asesinarla su propio tío para quedarse con su herencia y que tuve que armar todo un plan para mantenerla a salvo.

—Y te recuerdo —continuó Raven— que mi esposa era una noble inglesa descendiente de un duque y yo un maleante de los bajos fondos. ¿Crees que tu historia es complicada?

Paddy resopló con resignación. Sus amigos estaban demasiado orgullosos de haber vivido un amor de novela y no una historia normal y corriente, así que les dijo el nombre de la dueña de su corazón sin dar más rodeos.

—Quiero casarme con Wilhelmina Van Luden.

La sonrisa de los hombres se borró de su cara en cuanto escucharon aquel apellido que de sobra sabían lo que significaba. Odiaban a Paddy a muerte. Jamás permitirían que su niña, a la que habían cuidado y escondido del mundo para que nada malo le ocurriese, se casara con el hombre al que más detestaban.

—¿Estás loco?! —Fue Alistair el primero en hablar.

—Tienes que estar de broma. —Ahora era Raven el que había salido de su estupor.

—Hablo completamente en serio.

—¿Pero por qué ella? ¡Sus hermanos y su padre no te van a dejar que te acerques! No veo cómo va a prosperar la relación con una mujer a la que no vas a poder ver más que de lejos.

—La estoy viendo con frecuencia y yo diría que la tengo bastante cerca cuando eso ocurre —les comunicó.

—¿Pero de qué diablos estás hablando? —Alistair se mostraba incrédulo.

Paddy se vio obligado a contar cómo se habían conocido y todo lo que había acontecido entre ellos desde ese momento. Raven se tapó la mano con las manos.

—Dime que no le has hecho nada... irreparable.

—Maldita sea, Alistair, por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? ¿Se puede saber cuándo demonios le he hecho yo algo malo a una mujer?

—Solo es una niña, Paddy. Si los Van Luden se enteran de lo vuestro la encerrarán bajo siete llaves. No volverás a verla ni ella saldrá de esa casa. ¿Eres consciente de que vivió sus dieciocho primeros años de vida allí encerrada?

—Lo sé, Raven, por eso quería hablar con vosotros. Esta noche hablaré con ella. Si está dispuesta a casarse conmigo, tendréis que ayudarme a solucionarlo todo lo antes posible.

—¿Estás dispuesto a que huya de su casa? ¿Has pensado en el tamaño del escándalo?

—Si se queda contigo y Rosalind o con Alistair y Sylvia hasta la boda, el escándalo será menor. Nueva York entenderá que nos amamos y que los Van Luden están equivocados. Su forma de ver la vida es anticuada ya. Todos consideran que su manera de hacer negocios y cerrar las puertas a los nuevos ricos es propia de unos fósiles.

—Pero siguen siendo los malditos Van Luden, la aristocracia de esta ciudad. Su banco es el más importante del norte. Los grandes negocios se hacen con ellos metidos en medio.

—Hablando de eso, Alistair, ¿recordáis el negocio del ferrocarril en el que me propusisteis participar y me negué? Si aún estoy a tiempo, acepto. Quiero dejar el mundo del espectáculo.

—¿Lo haces por Mina?

—¡Claro! ¿Por qué iba a hacer, si no? Sé cómo funciona esta ciudad. Deseo un negocio floreciente y bien visto que haga que toda esa maldita élite no me mire con suspicacia. Quiero que ella vaya orgullosa de mi brazo.

Sus amigos se quedaron boquiabiertos, mirándolo.

—Por todos los cielos... ¡Estás enamorado! —Raven parecía más que sorprendido.

—He perdido completamente la cabeza por ella, en efecto.

—Pues no se hable más —prometió Alistair—. Estamos contigo para lo que sea, para lo que necesites.

—Por cierto, ¿sabéis por qué la mantenían tan oculta en casa? —Paddy no se había atrevido a preguntárselo a Mina.

—Parece ser que la madre de Mina murió al dar a luz, a los dos días del nacimiento de ella, y para colmo de males, a los pocos meses murió también la hija mayor, de una rara enfermedad

que nunca llegaron a diagnosticar. Quedó ese viejo cascarrabias en ese caserón con tres hijos varones adolescentes y una niñita de menos de un año a la que han tratado de esconder del mundo para evitar que algo malo le ocurra.

—¡Qué locura! Ha destrozado su vida... —murmuró Paddy.

—Creo que la suerte de la muchacha va a cambiar por culpa de un bribón irlandés —le dijo Raven con una sonrisa. Todos sonrieron.

Ver a aquel enorme pelirrojo enamorado de aquella manera era algo que ninguno de sus amigos pensó ver jamás.

Aquella noche, el irlandés estaba nervioso como un colegial a punto de confesar, por primera vez, sus sentimientos ante una mujer. Recogió a Mina como de costumbre, en la esquina de su calle y pasadas las doce de la noche. Como era habitual, hicieron una parada en casa de Paddy para que ella cambiara su viejo vestido de criada y su pusiera algo más adecuado para ir al teatro. Él solía hacerla pasar a una de las habitaciones de la planta baja y cuidaba de que ninguno de los criados estuviera a esa hora levantado ya. La dejaba allí para que se cambiara y la esperaba pacientemente en la sala contigua mientras se fumaba un cigarrillo.

En aquella ocasión, cuando ella se encaminó al dormitorio, la detuvo tomándola de la mano. Notó cómo la respiración femenina se aceleraba a su contacto.

—Espere... Tenemos que hablar. —Paddy y ella no habían tenido un trato más cercano, a pesar de las semanas pasadas.

—¿De qué tenemos que hablar, señor O'Neill? —preguntó ella un poco preocupada. Hacía días que lo notaba extraño y pensaba que se había cansado de llevarla de un lado para otro por las noches y arriesgarse a que su padre o sus hermanos se enteraran. Eso sería algo terrible, pues Mina ni siquiera se atrevía a pensar en las consecuencias que algo así tendría.

Ella se quedó de pie en medio de la sala. Él se acercó unos pasos. Era tan alto que ella debió alzar la cabeza todo lo que pudo para no romper el contacto visual... Y eso era algo que nunca había podido hacer sin temblar.

Mina era joven e inexperta, pero en absoluto estúpida. Hacía semanas que era consciente de haberse enamorado de aquel irlandés, a quien temían los hombres más poderosos de la ciudad, pero que con ella era el ser más delicado que había conocido. Cada noche, justo antes de verlo, alimentaba la esperanza de que él la besara como aquella primera vez, pero en esta ocasión sabiendo que era ella a quien besaba. Poco a poco, la realidad se fue imponiendo: si estuviera interesado en ella, ya habría tratado de tener algún tipo de acercamiento y no lo había hecho. Realmente para él debía de ser una simple amiga a la que ayudar... Y en cambio, ella se consumía de amor y vivía por estar junto a él una noche más.

—Llevamos semanas saliendo a teatros, hablando y... —comenzó a explicar él.

Mina dio un paso atrás y alzó la mano, como si estuviera pidiendo silencio. No se sentía preparada para escuchárselo decir, así que prefirió acabar ella misma.

—Lo entiendo, señor O'Neill. He abusado demasiado de su tiempo y su generosidad. Por favor, haga que su cochero me lleve a casa. No hace falta que diga nada más. Le estoy enormemente agradecida por estos momentos de libertad que pude tener gracias a usted, pero esto debe acabar. —Terminó de hablar con la mirada fija en el suelo y tratando de que su voz no temblara.

—¿Qué?! —se sorprendió él—. ¡No, no es eso lo que quería decir!

—Ah, ¿no? —La mirada de ella era tan luminosa que Paddy sintió un nudo en la garganta—. ¿Entonces qué trata de decirme, señor O'Neill?

Él carraspeó.

—¿Ha pensado en su futuro, señorita Van Luden?

—¿Mi futuro? No hay demasiado que pensar...

—Me refiero a si su familia le ha propuesto algún pretendiente que se vea tentada a aceptar.

Ella lo miró con los ojos sorprendidos.

—Lo último en lo que piensa mi familia es que yo me case. Con tenerme encerrada en mi jaula de cristal, segura y con poco contacto con el mundo, creo que les basta.

—Ya veo... ¿Y usted ha pensado en el matrimonio?

—¿Pero por qué me pregunta eso, señor O'Neill? —preguntó con un hilo de voz y la voz repentinamente seca. ¿Acaso él iba a proponerle...?

—Señorita Van Luden... —Paddy dio un paso hacia ella y tragó saliva. ¿Cómo podía sentirse así de inseguro?—. Mina...

La respiración de ambos se agitó. El irlandés acarició el rostro femenino.

—Mina... —repitió antes de besarla. Fue gentil al principio. El beso comenzó suave y se fue intensificando poco a poco. La lengua de Paddy invadió la boca y los sentidos de la joven, que se abrazó a su cuello porque sentía que perdía pie, que se mareaba.

Él se alejó un instante solo para murmurarle algo al oído.

—Juro que no lo había planeado así.

—Ah, ¿no?

—No... Quería declararme antes. El beso vendría después.

Ella se apartó para mirarlo, incrédula.

—¿Qué me está queriendo decir?

Paddy sonrió.

—Cásese conmigo, Mina.

Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Patrick...

—¿Patrick? —rio él con ganas.

—¿No es ese su nombre?

—Mis amigos me llaman Paddy. ¿Qué me dice? ¿Me acepta?

Mina se mordió el labio antes de responder.

—Paddy... ¿Ha pensado bien en lo que me está proponiendo? ¿Cómo cree que reaccionarán mi padre y mis hermanos?

—No pensemos en eso por ahora. Vayamos paso a paso. ¿Se casaría conmigo?

—Ya sabe que sí... Creo que se dio cuenta de lo que sentía antes que yo misma.

El irlandés la tomó por el talle y la acercó a él.

—Eso es lo importante. Lo demás ya lo pensaremos.

Iba a besarla, pero ella lo detuvo.

—Esto es serio, de verdad. Nunca lo permitirán. No de la manera... normal.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez haya que hacerlo de una manera poco convencional para obligarlos a que lo acepten.

Paddy alzó las cejas.

—Estoy deseando que me cuente su plan, señorita...

—Casémonos y digámoslo después. Ya no podrán hacer nada.

—Eso sería un escándalo, Mina. Esta ciudad no olvida ese tipo de historias.

—¿Y a nosotros por qué debe importarnos? Te quiero, me quieres y mi familia preferiría verme muerta que contigo. Excepto Phillip, él es el único que estará de mi parte, aunque le duela la manera en la que voy a hacer las cosas. ¿Le importa acaso que mi familia nunca nos acepte?

—Me duele si le duele a mi futura esposa.

—Estoy harta, Paddy. ¡Estoy tan harta! No puedo seguir siendo un pájaro enjaulado. ¡Es mi vida! Quiero que nos casemos.

—Pues no se hable más. Tampoco estaremos solos. Raven y Vuks son como hermanos para mí, son pilares de la sociedad. Nadie nos dará la espalda. Nadie, excepto tu familia.

—Si ese es el precio que debo pagar por ser libre, lo pagaré.

—¿Quiere que comience a organizarlo todo, señorita Van Luden? Va a dejar atrás un apellido de prestigio por otro que ha rodado por el fango. ¿Está del todo segura de querer convertirse en la futura señor O'Neill?

Mina acortó la pequeña distancia que los separaba, lo agarró por la solapa de su elegante chaqueta y tiró de él para que se inclinara.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —dijo ella contra su boca justo antes de besarlo.

Capítulo 7

Mina regresó a la casa familiar y supo que no vería a Paddy durante la próxima semana. Debía comportarse de manera normal para no levantar sospechas. El irlandés pidió ayuda a sus amigos y las esposas de estos para organizar la boda más pequeña que ninguno había visto antes. Todo estuvo listo el día indicado. La joven sabía que a la hora de siempre la esperaba un carruaje al final de la calle. En esa ocasión, quienes la esperaban en el interior eran las esposas de Alistair Vuks y William Raven. Ambas agarraron su mano para darle fuerza y demostrarle que estaban con ella para apoyarla.

Los hombres estaban en el club. Sabían que a esas horas estaría allí Phillip Van Luden, el único hermano de Mina que la amaba demasiado para darle la espalda en un momento así. Raven pidió hablar con él en privado y lo llevó a una sala en la que podían estar tranquilos, pero en el interior era Paddy O'Neill quien lo estaba esperando.

—¿Qué significa esto? —pregunto Phillip, desconcertado.

—Debo hablar con usted de algo de suma importancia —explicó el irlandés.

—No entiendo de qué tenemos que hablar usted y yo...

—Amo a su hermana. La amo desesperadamente —lo interrumpió Paddy.

Phillip no salía de su asombro.

—¿Pero qué...?

—Y ella me ama a mí del mismo modo.

—Eso no puede ser. ¿Cuándo pudo haberse dado algo así si ella no sale de casa sin nosotros a ninguna parte?

—Esa es una larga historia que le contaré en otro momento, pero nos amamos. Sé que ella se siente muy unida a usted y por eso he venido a decírselo.

—Siento tener que decirle, señor O'Neill, que lo que ambos sienten carece de importancia alguna. Mi padre jamás aceptará algo semejante. Se llevará a Mina lejos y no volverán a verse jamás.

—Lo sé, precisamente por eso Mina no está ya en su casa.

Phillip palideció.

—¿Qué quiere decir?

—No vamos a permitir que nos separen. Vamos a casarnos con o sin el consentimiento de su padre.

—¡Está loco! ¿Ha convencido a mi hermana para que huya con usted?

—Qué poco conoce el carácter de su hermana. Ya ha sufrido atropellos para mil vidas con lo que ustedes hicieron con ella. No aceptaría que nadie la manipulara para hacer algo que no desea. La idea ha sido suya, señor Van Luden.

—No me lo puedo creer...

—Hoy es un día especial para nosotros y no quiero que esté sin alguien de su familia.

—¿Qué quiere decir?

—Esta noche vamos a casarnos, señor Van Luden. No sabe dónde y no nos encontrará antes de que eso ocurra, así que le doy la oportunidad de que sea usted quien lleve a la novia al altar y poder hablar con ella para que le confirme todo lo que yo le he dicho.

—¿Esto es una broma?

—Hablo completamente en serio.

Phillip lo miró en silencio durante un instante, sopesando si debía contar aquello que estaba a punto de decir.

—Si eso es así, creo que debería hacer algo... Seguramente se preguntará, como el resto de Nueva York, por qué mi hermana creció encerrada en casa y eso se debe a una tragedia familiar que nos marcó a todos hace años, cuando Mina no era más que un bebé. Mi madre había muerto unos meses atrás y mi hermano Arthur descubrió que nuestra hermana mayor se había enamorado de un joven sin fortuna ni apellido y planeaban fugarse. Logramos frustrar la huida, pero debido a un terrible accidente, el joven murió y mi hermana no pudo soportarlo... Se quitó la vida una semana más tarde. Como estábamos en Europa, no fue difícil ocultar la verdad. Ese es el motivo por el que mi padre y mis hermanos mayores mantuvieron oculta a Mina. No aprendieron nada de lo que ocurrió. Piensan que el problema es que nuestra hermana mayor tuvo demasiada libertad. No comprendieron que esa desgracia podía haberse evitado sin necesidad de mantenerla encerrada. Creo que necesita saberlo, señor O'Neill.

—¿Qué me quiere decir con eso? —preguntó Paddy, aún conmocionado por la historia que acababa de escuchar.

—Quiero decir que no permitiré que algo así vuelva a ocurrir. No lo soportaría. Trataron de mantener a mi hermana a salvo impidiéndola salir de casa para que no conociera a nadie, pero el destino nos persigue y busca la manera de cumplirse. Si Mina de verdad lo ama, no me interpondré, así que lléveme con mi hermana cuanto antes.

Mina esperaba en la iglesia vestida de blanco y acompañada de las esposas de Raven y Alistair

Vuks. Cuando vio entrar a Paddy sus ojos se iluminaron. No comprendía por qué él había tenido que ausentarse y temía que ocurriera algo que impidiera esa boda.

El irlandés la abrazó.

—Ya estoy aquí, mi amor. Quería hacer que este día fuera lo más feliz para ti. Deseaba que alguien de tu familia estuviera presente.

Ella lo miró, desconcertada. Fue entonces cuando Phillip entró en la iglesia. Mina se llevó la mano a la boca y comenzó a llorar. Su hermano corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

—Dime, hermanita —le susurró al oído—. ¿Lo amas? ¿Te casas por tu propia voluntad?

—Lo amo con todo mi corazón, Phil. Paddy es mi vida —murmuró ella entre lágrimas.

—Entonces no hay nada más que decir. Yo mismo te acompañaré al altar.

El pastor se acercó al novio para preguntarle si ya estaban preparados para dar comienzo la ceremonia y este asintió.

Paddy se colocó en el altar y observó cómo Mina caminaba hacia él por el pasillo y del brazo de su hermano. Cuando llegaron a su altura Phillip Van Luden se volvió a su futuro cuñado y le dijo, para horror del pastor: «Si le haces el más mínimo daño, te mataré con mis propias manos». Paddy se rio.

—Hoy aquí, delante de tu hermano y de los míos —comenzó Paddy, cuando llegó el momento de los votos—, prometo que conmigo nunca conocerás barrotes ni cadenas. Prometo que nunca te querré menos que ahora. Nunca te faltaré al respeto. Procuraré tu felicidad con más ahínco que la mía, porque mi felicidad reside en la tuya.

—Prometo —respondió Mina— que este es el día en el que menos te querré del resto de nuestra vida. Prometo ser tu esposa y tu amiga, tu apoyo en la tormenta. Te entrego mi corazón por entero, porque no puede pertenecerle a nadie más.

Fue en el instante en el que el pastor los declaró marido y mujer cuando Paddy fue consciente de que Mina era su esposa, que estarían juntos el resto de su vida. La miró con una ternura infinita y se prometió a sí mismo que la haría feliz, que ella nunca se arrepentiría de dejarlo todo por él.

Todos los felicitaron y cuando Mina estaba abrazando a las esposas de Raven y Alistair, Phillip se dirigió a Paddy y le preguntó con total seriedad y preocupación:

—¿Tiene algún plan para contener la furia de mi padre y mis hermanos?

—Tranquilo, nadie dirá que estaba aquí apoyando a su hermana. No quiero causarle ningún problema con su familia. Jamás olvidaré que estuvo al lado de Mina cuando más lo necesitaba. La amo, no creo que sepa hasta qué punto. Estaré siempre en deuda con usted por esto. —Apoyó la mano en su hombro al terminar de hablar y le sonrió.

Nueva York, 25 de mayo de 1885

Querido papá:

Ni siquiera sé cómo contarte lo que ha ocurrido, así que seré directa. Me enamoré del señor Patrick O'Neill sin pretenderlo y él también me ama. Siempre hemos sabido que jamás aceptarías nuestra relación, pero debo vivir mi vida. No deseo causarte pena alguna y durante mucho tiempo me plegué a tus deseos para procurarte felicidad, pero ha llegado el momento de procurarme la mía. Anoche nos casamos. Cuando recibas esta carta ya estaremos muy lejos de Nueva York, en un barco camino de alguna parte. Tardaré muchos meses en regresar a la ciudad y espero que para entonces podemos hablar con calma y respetes mis decisiones.

Espero que puedas perdonarme y comprenderme. Yo ya te he perdonado por lo que me hiciste, ahora que por fin entendí que solo creías estar protegiéndome.

Tu hija que te quiere,
Wilhelmina O'Neill

Epílogo

Paddy y Mina estuvieron casi seis meses en Europa. En ese tiempo, fueron Raven y Alistair quienes se ocuparon de los negocios del irlandés, que finalmente abandonó el mundo del espectáculo e invirtió en ferrocarriles, igual que sus amigos, incrementando enormemente su fortuna. Acabó siendo uno de los ciudadanos más insignes y respetados de Nueva York.

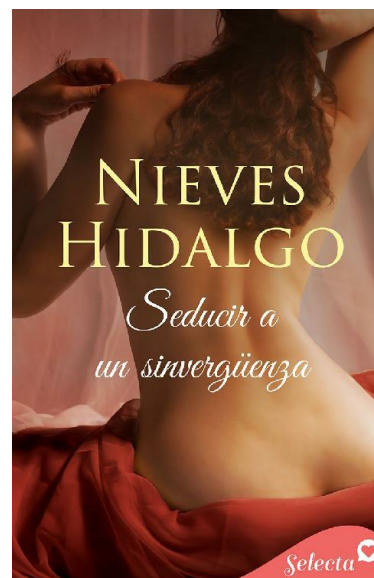
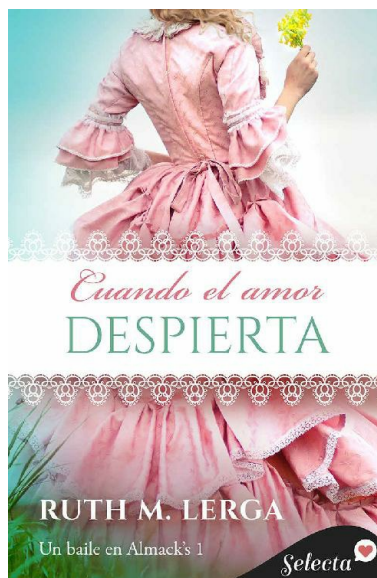
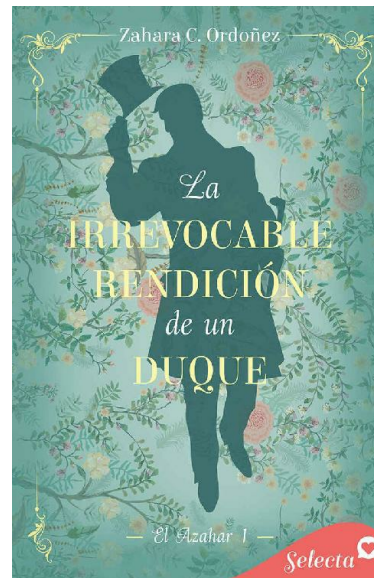
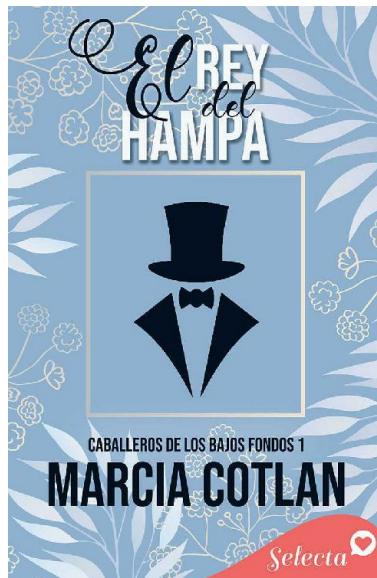
Los Van Luden nunca perdonaron a Mina. Sus dos hermanos mayores ni siquiera la avisaron tras la muerte de su padre. Phillip, en cambio, siempre tuvo con ellos una relación tan estrecha que le valió la enemistad con el resto de la familia. Dedicaron los primeros años tras la boda de Mina y Paddy a tratar de perjudicarlo en los negocios, como habían hecho siempre, pero no encontraron eco en ningún otro caballero de la alta sociedad. Cada vez se fueron quedando más solos y amargados. Ninguno de ellos logró un matrimonio ventajoso y permanecieron solteros y solos en el viejo caserón familiar. Se alejaron de la vida social y cuando llegó el momento final y murieron, fue Mina la encargada de honrarlos con unos funerales dignos que en absoluto merecían.

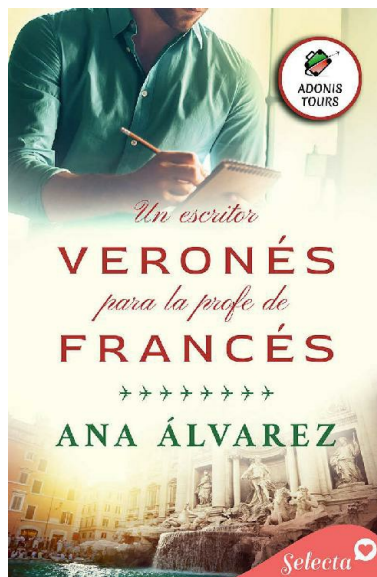
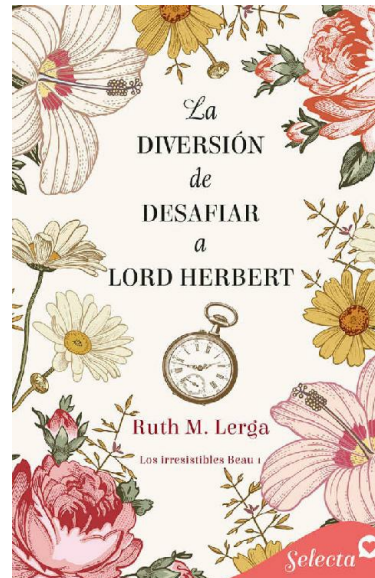
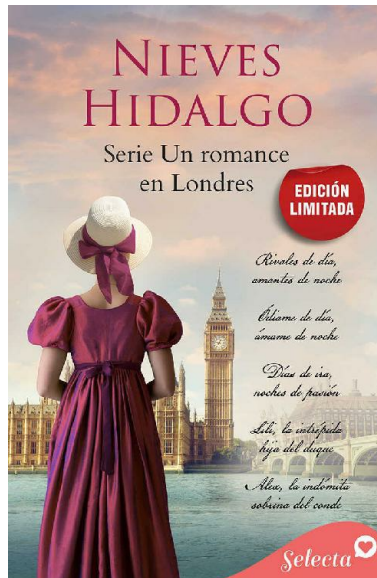
Mina y Paddy fueron muy felices. Ella se convirtió en la dama más activa de la alta sociedad. Quería verlo todo, experimentarlo todo, por todos aquellos años en los que no pudo ni siquiera salir de casa. Su marido la apoyó siempre. Tuvieron tres hijos que crecieron con los hijos de Raven y Alistair como auténticos príncipes de Nueva York. Nadie hubiera podido decir que a aquellos jóvenes los separaba tan solo una generación del hambre y del hampa.

¿Nuestra pareja se amó tanto como se prometieron el día de su boda? Bastará decir que cuando Mina murió a los ochenta y tres años, Paddy no la sobrevivió ni tres días. No concebía un mundo en el que ella ya no existiera.

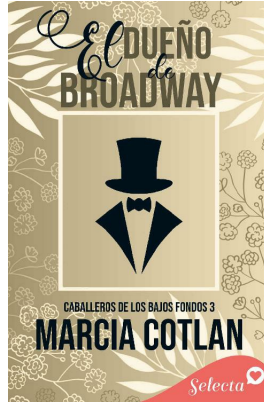
Si te ha gustado
El dueño de Broadway

puedes disfrutar de estas





**Ella vivía en una jaula de oro.
Él le enseñó cómo romper los barrotes.**



Paddy O'Neill no sabía lo que era contener sus deseos. Disfrutaba de una vida de lujos y excesos mientras procuraba mantenerse muy lejos de la indeseada clase alta de Nueva York, pero en especial de los Van Luden, la familia que no dejaba de interferir en sus negocios.

Wilhelmina Van Luden era todo cuanto una dama debía ser. Prudente y abnegada, había prometido honrar a su familia en todo, aun a costa de sus propias ansias de libertad. Se conformaba con eso, o al menos lo creía hasta que una noche conoció al hombre al que más debía odiar y comprendió que no era capaz de olvidarlo.

Dos apellidos enfrentados. Un beso que nunca debió ocurrir. El error que unió sus destinos puede salvarlos a ambos, pero **¿dejarán Wilhelmina y Paddy que los gobierne el corazón?**

Marcia Cotlan nació en Oviedo en 1975. Estudió Filología y en la actualidad se dedica a la docencia. Escribe desde muy pequeña (poesía, relato, novela de misterio), pero no se atrevió con la novela romántica hasta hace cuatro años. Se decanta, especialmente por la romántica histórica y el suspense romántico, aunque ahora también está escribiendo contemporánea. En 2013 publicó *Corazones heridos*.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2022

© 2022, Marcia Cotlan

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Victoria Aihar

Proveedor de imágenes: Shutterstock | iStock

Créditos: VendeDesign | Nadezda Sheveleva

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18724-55-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

El dueño de Broadway

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marcia Cotlan

Créditos